

ENSAYOS Y DISCURSOS SELECCIONADOS DE
MAESTROS DE LA MEDICINA PARAGUAYA,
REPRODUCIDOS DE PUBLICACIONES AGOTADAS,
EN HOMENAJE AL MENSAJE QUE CONTIENEN
PARA EL MEDIO Y LOS ESTUDIANTES

EL MEDICO Y LA SOCIEDAD

THE PHYSICIAN AND SOCIETY

Prof. Dr. Carlos Esculies (†) ()*

DISCURSO DE EXTENSION UNIVERSITARIA

Cuando el poeta Florentino visitaba en compañía de Virgilio, las cárceles del infierno, quedó plantado de terror, frente a una de esas cavernas, de donde partían gritos de desesperación y de rabia, que superaban a los gemidos angustiosos de todos los demás condenados juntos. Y éstos?..., preguntó Dante. Virgilio con indiferente desprecio le respondió: "No te preocupes de ellos. Míralos y prosigue. Son los inútiles, los que no sirvieron ni para el bien ni para el mal. El espíritu de solidaridad jamás se albergó en ellos. Fueron los eternos zánganos inútiles de la colmena humana".

La execración de Virgilio no llega al centro de los universitarios que frecuentan las cátedras de Medicina. Quieren ser útiles a la sociedad y por ésto patrocinan este ciclo de conferencias de extensión universitaria que hoy inauguramos.

Venimos a llamar la atención de todos los que quieran escucharnos desapasionadamente: ¿Qué es un médico? La ciencia puesta en manos de un hombre, que tras largo peregrinaje, pisoteando vicisitudes y despreciando las tentaciones de una vida holgada y feliz, cumple los designios de un mundo interior, de ese mundo tan complejo y tan poco comprendido por los que viven fuera de él. Un hombre que va enriqueciendo cada día que pasa su ciencia con la llamada experiencia, basada precisamente en la constante observación y asidua reflexión de los dolores humanos. Un hombre, que por el hecho de tener que ser depositario de los más íntimos secretos de los que acuden a él, debe ser integérrimo en su moral, fuerte en su carácter y de corazón comprensivo y hasta tierno... Un hombre, cuya vida interior es una continua lucha consigo mismo, en bien de sus pacientes, contra factores externos como ser: la ambición de lucro, la influencia de los odios políticos o de clases, contra la propia soberbia que le da su ciencia, etc. Nada de ésto sería necesario si la acción del médico se ejerciera en ánima villis, en un conejo de Indias, por ejemplo. Pero es que dicha acción se ejercita precisamente sobre la persona humana,

(*) Profesor de Patología Interna de la Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

que es libre, racional y que posee una inteligencia, una voluntad y un corazón. De aquí emergen derechos y deberes recíprocos, que si enaltecen la dignidad del médico colocándolo en el plano de un verdadero sacerdocio, hacen gravitar al mismo tiempo en su conciencia, responsabilidades enormes, sobre los trascendentales intereses que salvaguardan las ciencias médicas, las cuales, al actuar sobre individuos, se ejercitan sobre la colectividad toda.

Nos esforzaremos en destacar los substanciales bienes que la medicina aporta al individuo en cuanto tal y en su vida de relación social. Presentaremos al médico como el hombre providencial, que si bien no podemos vestirlo con los atavíos de la divinidad, podemos y debemos señalarlo en su cruda realidad, como el hombre del perpetuo sacrificio, acreedor al respeto y reconocimiento de los pueblos.

Ilustraremos la opinión colectiva sobre ciertas enfermedades y su tratamiento, procurando descalificar determinados prejuicios sociales, cuya práctica importa desgraciadamente, una infranqueable barrera a la eficacia de la gestión medical.

Como justificativo de lo que antecede, nos esforzaremos en poner de relieve cuales deben ser las cualidades que debe poseer el médico considerado aisladamente y frente a la sociedad en la cual vive.

"La medicina en la Historia tiene algo de sacerdotal y augusto". Se realiza en templos llenos de misterios y sus hierofantes se presentan con la majestad y el prestigio de los augures. ¿Por qué los antiguos daban a la medicina esa significación casi religiosa y al médico esa función casi divina? Es que, sin duda, comprendían mejor que los modernos todo lo que hay de grande y terrible en ese poder de entrar en el secreto de las almas y de los cuerpos, y mandar a la muerte, al dolor, y a la vida.

¿Crear, no es oficio de Dioses? ¿La muerte insaciable no está en manos de las potencias fatídicas del mundo? El que salve una vida, la crea, y se impone a la muerte.

Al través de tantas revoluciones históricas, en las que ninguna majestad humana ha sido respetada, el médico se mantiene todavía en la altura y conserva aún su fuerza y su invencible prestigio. No lleva ya el traje sacerdotal, no tiene la voz honda y grave de las dolorosas adivinaciones, pero entra siempre en el misterio de las almas y de los cuerpos y todavía está en comunión, con las grandes fuerzas y terrible, porque todavía decide el destino humano, porque todavía manda a la vida y a la muerte. No se sirve, sin duda, de los terrores y de las supersticiones de las tristes multitudes, ni tiene en sus manos el rayo de las cóleras divinas. Sus instrumentos son la verdad y la ciencia, la ciencia más fuerte que el fanatismo; hada nueva y milagrosa, más vieja que todas las legiones de Dioses inmortales; fuerza buena, generosa y sin límites, que ha transformado la tierra, hacién-

dola más bella que el cielo y ha realizado el sueño audaz de Prometeo, entregando al mundo, después de torturas milenarias, el fuego sagrado que arranca el gigante a la bárbara tiranía del Olimpo. Es la ciencia quien ha hecho del médico una de las más portentosas fuerzas sociales de los tiempos modernos. Por la vida y el dolor, tiene al hombre en sus manos". (1).

El médico es maestro en el sentido religioso antiguo y greco-latino, es pedagogo y además Profesor (dos funciones bien diferentes en verdad) y también quizá sin quererlo, él es político, en el sentido de que debe defender dentro del Estado, la salud del pueblo y por tanto la Salud de la Sociedad.

En éste último papel, se ocupa de política sanitaria y de cultura. Su lucha principal se traduce aquí por la mejora lógica y natural de la salud pública, y la lucha eficaz contra las grandes enfermedades populares. Su función política no tiene pues límites, y por consiguiente un solo médico o unos pocos en conjunto, no podrían realizarla, debiendo entrar aquí en juego la Asociación Médica. Creemos que no se puede ya aceptar al médico como un simple "corrector de materia humana", como un sencillo "curandero social".

Y si nos dejáramos llevar en ese tren de observaciones hasta la Roma Antigua, hechos interesantes ocurrían ya entre médico y sociedad. "La enseñanza de la medicina en tiempos de la República era puramente privada: su conocimiento formaba parte del bagaje científico de todo hombre culto, tal lo que ocurría a Celso y Plinio que no fueron médicos". Ateneo dice que todo hombre culto debía poseer conocimientos médicos, pues eran necesarias a todas las profesiones.

La verdadera organización de los estudios médicos data de la época en que ocupó el Imperio, Alejandro Severo (208-235) (después de J. C.); éste emperador dispuso locales especiales para este fin. Alejandro Severo fue el primero en decretar honores para los profesores de medicina. Se creó un cuerpo de médicos públicos que podrían equipararse a los médicos dependientes de la Asistencia Pública de nuestros días. Fue una institución que los romanos tomaron de los griegos.

Vemos ya bajo el Imperio una organización profesional bastante completa de la clase médica, desde luego con todas las lagunas y defectos de las instituciones recientes: faltaban aún muchos siglos para la organización de verdaderas escuelas que merecieran el nombre de Universidad (siglos XII y XIII), pero el primitivo modelo heleno había sido ampliado de acuerdo a las necesidades mucho mayores de Roma.

El número de médicos debió ser grande: ya se había dividido la medicina en especialidades: oculistas, ginecólogos, dentistas y junto a ellos una nube de barberos, sangradores, masajistas y hasta enfermeros" (2).

(1) "La Obra Científica, Oratoria y Literaria del Profesor Dr. Francisco Locca" (Prof. José María Estapé).

(2) Medicina en la Antigüedad. Dr. Vicente Balmaceda.

En tiempos remotos el médico era pues sacerdote, el sacerdote médico. Y hoy día, acaso son pocos los casos en que el médico debe calmar no solamente los dolores físicos sino también los dolores del alma?

El vasto campo del médico indicando claramente el trabajo inmenso y la gran responsabilidad ante la Sociedad, pueden resumirse en los siguientes puntos que traducirían los eslabones de unión entre ésta y aquél:

1º) Oficina de Contralor Sanitario con administración autónoma, anexa al Ministerio de Salud Pública. Los médicos de ésta Oficina actuarían como sacerdotes y pedagogos, dándose cuenta exacta de la manera de vivir de los habitantes, compenetrándose del ambiente, en una palabra, actuando como predicadores de la medicina preventiva y el servicio que ellos rendirían en ese sentido sería inmenso.

2º) Educación higiénica de los niños y de la juventud. Aquí también se trata de prevenir.

3º) Educación de la sociedad en general desde el punto de vista de su defensa y protección de sus integrantes, tratando de salvar los mejores elementos: los jóvenes, los cuales por error, excesos, falta de higiene o ignorancia necesitan de éste apoyo.

4º) Es reiterar que la ciencia dietética alimenticia no debe nunca olvidar, que el ser humano ofrece la mayor complejidad imaginable dentro de las especies animales. La buena selección de los alimentos labor ésta de las más delicadas que se le puede presentar a un higienista. Este solo punto, bastaría por sí solo para otra disertación de éste mismo carácter, que ahora, la precariedad de tiempo nos impide hacerlo; digamos a título de simple información que varios son los factores que deben reunir las sustancias alimenticias, para merecer el nombre de alimento ideal; y lo que más contribuye a dificultar el criterio, es que esos factores son de índole diversa, pues mientras los unos son de carácter fisiológico, los otros obedecen a razones psicológicas o puramente instintivas. En efecto: la primera condición que debe llenar un alimento es ser apetitoso, es decir, capaz de provocar con su sola presencia o recuerdo, el deseo de saborearlo. Los factores fisiológicos son también de diversa índole: nuestro cuerpo necesita alimentos de naturaleza diversa: a) alimentos respiratorios, es decir aquellos con cuya combustión nos proveemos de las calorías necesarias para el trabajo vital; b) alimentos plásticos o nitrogenados; c) alimentos minerales; d) alimentos vitamínicos que contengan los llamados "factores de asimilación" y por último agua.

5º) Atañe además al médico la adopción de medidas tendientes a reducir el uso de tóxicos exógenos (alcohol, tabaco, etc.).

6º) Reforma radical de las casas y habitaciones en relación con la colonización interior.

7º) Medidas higiénicas en oficinas, talleres, fábricas, etc.

8º) Dictar las bases de la legislación contra los grandes males que azotan a la humanidad como ser: el alcoholismo, prostitución, tuberculosis, sífilis, lepra, mortandad infantil, etc.

La enumeración de éstos puntos de acción médica en sus relaciones con la sociedad, son suficientes a mi entender, para mostrar el vasto campo de acción del médico. Ellos hablan por sí solos. Pero ella, la acción médica, no se limita a esto; hay algo más; el médico tiene que colaborar en la reforma de los hospitales y casas de salud; participar en la construcción vasta y amplia de los estadios, piscinas, baños de aire, etc.

El médico con toda la crudeza y nobleza del vocablo, debe poseer las más curiosas, antagónicas y agudas facultades. Conocimiento vasto y profundo de todas las ciencias que han sido creadas y puestas al servicio del género humano. Pero no creáis que todos éstos conocimientos podrán ser digeridos por él en noches insomnes y en lucha porfiada con los libros. No. Es necesario que una larga experiencia, viviendo y escudriñando el espíritu y las miserias del hombre en largos años de convivencia con las tragedias del mundo, sintiendo en su propia sangre y en su propia carne los sufrimientos que ha de remediar, es así como adquirirá esos conocimientos que le imprimen su personalidad.

El médico ha de tener un raro poder de intuición o de síntesis. Ha de abarcar, de una mirada, el conjunto y los detalles en su individualidad y en su engranaje, en su subordinación y en su independencia. Ha de encadenar mil juicios, mil raciocinios, mil sensaciones, mil recuerdos, todo el pasado volcándose en el presente, en un momento improrrogable y fugitivo y llegar por una especie de penetración divina a la noción justa y casi siempre definitiva, del mal y del remedio. Deberá poseer el sentido de la realidad, esa facultad oscura y humilde, pero grande y luminosa en los minutos decisivos. ¡Ay! del médico que carezca del sentido de la realidad; podrá tener el espíritu abierto y un saber deslumbrante, será acaso capaz de vastas síntesis, pero si al mirar las cosas, las observa fuera de su plano real, avanzadas u oblicuas, su vida será una cadena de desastres. La acción del médico es continua, implacable, interminable, larga como la vida. Y si reunís en un haz de dolores y alegrías, triunfos y desastres, todos los dramas íntimos que pasan todos los días en el mundo, en las almas de los médicos y en el secreto de los hogares, os resultará un drama inmenso y silencioso de una hermosura y una pujanza que asombran, aplastan y anonadan. Algunos han querido equipararlo con el soldado. Pero éste alimenta las guerras, que no son ni útiles ni necesarias. La guerra es un crimen, la Medicina es una virtud, la virtud más alta, ya que la vida es y debe ser la religión del hombre. Ya que establecimos la comparación, podemos terminar diciendo, que el soldado es el sacerdote de la muerte, mientras que el médico es el sacerdote de la vida.

Graves asuntos maneja el médico como árbitro indiscutible e indiscutido: la fortuna, el honor, el orgullo, la vanidad, la salud, la belleza, la vida, es decir: todo lo que hay en el mundo y responde a un interés o a un anhelo humano. Esta tarea exige, como lo vamos viendo, las más raras cualidades, pero sobre todas ellas, sobre la ciencia misma, se cierne esa cualidad maestra, sin la cual la Medicina sería un largo delito: La **CONCIENCIA**.

El saber del médico debe ser copioso, rebosante, rápido y matemático, como un reflejo. El arte médico, todo acción, no da tiempo, ni consiente esperas: o se sabe o se cae; saber difícil porque, hecho de individualidades, ha de abarcar todos los tipos y todos los matices, ciencia de matices infinitamente movable y variada, casi superior a la experiencia humana.

Todas las facultades de la inteligencia, todas las energías del carácter, todas las exquisiteces de los sentidos, y éstas facultades no pueden ser aisladas, formando como picos abruptos en el espíritu: deben ser armoniosas, proporcionadas, capaces de un equilibrio casi milagroso y dando como resultante un hombre, en toda la fuerza de la palabra.

El médico es ante todo, un hombre a quién, en el tipo superior, nada falta ni nada sobra: una armonía humana.

Pero al lado de todas éstas facultades de las que hace uso a diario en su difícil misión dentro de la Sociedad, necesita que ésta, recordando las palabras del principio, acuda a él, desposeída de los prejuicios que atan la acción. En los grandes centros en donde la acción médica ha alcanzado un adelanto muy marcado, existen en todos los puntos, verdaderas policlínicas, donde un grupo de médicos, en forma absolutamente gratuita, brindan a la población atención completa y eficaz. Pero para que dicha labor pueda cumplirse, es necesario, que además de la existencia de dichos centros, se cuente con la disposición del público a acudir a ellos como a verdaderos templos de salud y de profilaxis social. Muchos males se desencadenan por incumplimiento de los más elementales preceptos que deben regir la mutua coordinación entre el médico y la sociedad. Por otra parte, cuántas dolencias se arrastran durante largo tiempo, por el solo hecho de no revelarlas al médico, que en éste caso deja de ser el depositario de las más íntimas inquietudes que animan al ser humano? El médico debe ser el confidente de los males del cuerpo, así como el sacerdote es el confidente de los males del alma.

Y es así que él, como guía patriarcal, puede dar a la Sociedad su propio credo para la conservación de la salud y de la moral.

1º) Creo en el derecho divino de todo ser a poseer un cuerpo bello y fuerte y radiante de energía.

2º) Que el cuidado del cuerpo es una responsabilidad sagrada, la primera que recibimos y la última que depositamos.

3º) Que la naturaleza es el gran médico y la salud la recompensa inevitable de aquellos que viven según sus preceptos.

4º) Que la enfermedad es la consecuencia de la ignorancia.

5º) Que en el verdadero arte de curar no hay misterio ni obscuridad y que solamente puede ayudar a los pacientes, quien fielmente interpreta y explica las leyes de la naturaleza.

6º) Que el desarrollo del cuerpo va de la mano con el progreso espiritual y una elevada fuerza moral.

En resumen: ser médico quiere decir ser sacerdote, dando a la sociedad ejemplos que emanan de su buena conducta y buena manera de vivir. Ser médico, quiere decir ser padre, ser jefe de la Sociedad. Este médico es así reconstructor de la familia, de aquí pedagogo; reconstructor de la raza, religión y moral; es por eso que es él político, sacerdote y maestro.

Pero éste arte médico es de difícil aplicación y largo de aprender. La sola comprensión humanista por parte del profesional, no bastaría para lograrlo, así no coadyuva con él la Sociedad toda. Pero es precisamente el médico quien tiene que empezar por adueñarse de los espíritus, demostrando que posee además de su ciencia, un alma grande y noble y un pensamiento inspirado en la más pura verdad, para recién después poder exigir por parte de los que lo rodean, lo secunden en su apostolado. Si éstas mis palabras vertidas hoy, tuvieran la virtud de contribuir a que los médicos actuales y los que llegarán a serlo por una parte, y la Sociedad por otra, meditaran un poco sobre éste problema de tanta trascendencia para el engranaje social, ello bastaría para colmar mi más grande aspiración en éste sentido.

ETICA DEL TRABAJO DE HOSPITAL

HOSPITAL - WORK ETHICS

Prof. Dr. Gustavo González (†) ()*

Conferencia en uno de los actos del cincuentenario del Hospital de Clínicas

Señores:

Hablar de ética del trabajo de hospital como me impuso la Comisión de Festejos de este cincuentenario que celebramos, parecióme al principio difícil y más aún peregrino, porque para nuestra mente y nuestra sensibilidad de médicos, de estudiantes y de enfermeras es cosa sobreentendida y sentida al punto con evidencia, sin necesidad de mentarla y menos de razonarla. Pero reflexionando despacio comprendí que está bien en este alto del camino que además de considerarse el aspecto técnico de las experiencias ganadas, se analicen las fuerzas morales que impulsan la marcha y también los desfallecimientos que acaso la entorpecen. Un examen de conciencia periódico es para cualquier hombre, útil ejercicio espiritual y más aún para quienes tienen por imposición honrosísima pero también agobiante de la sociedad, el poder egregio de mitigar el sufrimiento y de mantener el fuego sagrado de la vida.

Hablando en otra oportunidad a los estudiantes de Medicina, encarecíales la conveniencia de afinar y de mantener siempre despierta la sensibilidad profesional frente al gran dolor humano, porque la falta de simpatía cordial y el embotamiento afectivo engendrados por el cientifismo mal concebido o por el profesionalismo a "outrance" constituye traición a la sociedad y al enfermo, que han conferido al médico tan alto honor como grave misión.

Debemos insistir siempre sobre este punto sin temor de caer en sensiblería porque es clave de toda la ética profesional en medicina.

En esta época aciaga de utilitarismo sin ideales, en que el sentimiento de los deberes y del honor sufren mengua grave frente al exitismo fácil, a la vanidad y al deseo inmoderado de lucro (no estoy hablando sólo de nuestro país), debemos esforzarnos todos, médicos,

(*) Prof. Titular de Semiología Médica. Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

estudiantes y enfermeros en mantener siempre viva la llama de humana simpatía hacia el doliente que se ha confiado a nosotros. Sólo ella hace merecer además del aprecio insigne de que goza nuestra profesión, la singular eficacia que las gentes reconocen a ciertos médicos, no tan ilustrados o sabios, como buenos, honrados y afectuosos. Ni hace falta recalcar la exactitud de este concepto popular, cuando se piensa que el enfermo, no es solamente un organismo físico de estructura o de funciones alteradas, sino también una psiquis, un alma desvalida, infinitamente sensible al cariño y más aún a las menores injurias que incluso, inconcientemente, pueden inferirle la brusquedad, el orgullo, la pedantería, la fría indiferencia o la despreocupación y todas las formas de falta de tacto de que adolecemos muy a menudo los médicos.

Ni precisa insistir tampoco en que no se pueda curar el cuerpo sin cuidar bien el alma, cuando la experiencia universal de los últimos años, agrupa y clasifica una serie imponente de hechos demostrativos de la indisoluble unidad psico-somática en la salud y en la enfermedad. Alma sana en cuerpo sano, decían ya los sabios de antaño —en genial intuición—. Lo confirman como contrapueba la locura, las perturbaciones neurovegetativas gástricas e intestinales, la úlcera de estómago, el hipertiroidismo, la hipertensión arterial, las cardiopatías, la diabetes y otros procesos mórbidos, tanto funcionales como estructurales, en que el factor psicógeno asume cada vez más elevada jerarquía en las interpretaciones patogénicas.

Nuestra actitud ha de ser pues, irreprochable delante del enfermo; no sólo correcta, respetuosa y solícita, mas también cariñosa y de alegre optimismo. Sólo así podremos influir sobre sus males cordialmente, con simpatía.

Bastaría a los fines de esta conversación, el recuerdo de tales normas generales que, en la multiplicidad de situaciones dispares creadas por la vida de hospital, nos sacarán siempre adelante con felicidad y para bien del prójimo sometido a nuestra ciencia, a nuestra experiencia y sobre todo a nuestra conciencia. Empero, a modo de paradigmas, sin ánimo de exhibir una casuística que sería enojosa, por lo interminable y a veces demasiado obvia, quisiera recordar algunas claudicaciones morales muy nuestras, algunas malas costumbres, que a fuerza de costumbres nos parecen ya naturalísimas.

El trato que dispensamos al enfermo puede ser cariñosamente familiar. El nos lo agradecerá sin duda y nuestros remedios han de parecerle más eficaces, con lo cual no poco bien le habremos hecho. Pero si esta familiaridad, raya en familiaridad desaprensiva, de arriba hacia abajo que marca un desnivel personal, como mil veces he visto en la vida de hospital, habremos inflingido al desgraciado una humillación tanto más sensible, cuanto más pequeño y humilde se sienta a nuestro lado. Y entonces, adiós simpatía, adiós confianza.

Nada sería por nosotros mismos que perdiésemos una y otra cosa, pero es muy posible que el mayor daño lo experimente el enfermo, quién merece por desvalido y por enfermo nuestro mayor respeto.

Otra inconducta —que muchas veces debemos reprocharnos— también carencia de técnica y de tacto— es la despreocupación engendrada por el ardor polémico o dialéctico, con que desarrollamos delante del enfermo discusiones deprimentes y a veces desesperantes para él, sobre diagnóstico y el pronóstico de su enfermedad. Nunca he de olvidarme de un infeliz, a quién se le hizo diagnóstico de cáncer, en cuya presencia nuestro eximio Profesor, arrastrado por el fuego de su orgullosa elocuencia, olvidó todo eufemismo al describir el final miserable que le esperaba. Sino asomo de malignidad o de ironía, algunos alumnos preguntaron al enfermo cuando hubo terminado la lección clínica, si hablaba castellano. Pueden imaginarse ustedes nuestro estupor cuando el infeliz contestó tristemente que sí con flácida inclinación de cabeza y la horrible demacración de un *ecce-homo*.

Otra falla no poco frecuente y también grave, es la postergación de un día a otro y a veces durante una serie desesperante de días, de la completa redacción de historias clínicas y la práctica de los procedimientos auxiliares de laboratorio o de gabinete, que retardando el estudio crítico de la enfermedad y por ende el diagnóstico definitivo, retarda también para desesperación del enfermo, la institución del tratamiento, que es la finalidad suprema de nuestro oficio. A veces ésto acontece por desidia del médico y muchas veces por desidia del Laboratorio, que son imperdonables. Otras, porque se toma al "enfermo interesante" como "anima vilis" y se pretende agotar en él todos los procedimientos más novedosos de exploración de carácter accesorio, diríamos que ornamental, en un alarde pedante de mal entendido cientifismo. Entretanto el "enfermo interesante" gime ansioso y torturado como en ciertos procedimientos inquisitoriales y policiales, si no escapa un buen día del hospital y de su desgracia de ser "interesante". Además, una historia clínica hecha en "tiempo lento" y los análisis diferidos largamente, en vez de ser fotográficamente veraces, falsean la realidad porque la enfermedad que es un proceso, un devenir, se modifica día a día y a veces rápidamente.

En este orden de cosas la espectación terapéutica derivada de tal morosidad o de la presunción de que siempre se estará a tiempo para hacer el tratamiento esencial correspondiente a un diagnóstico exacto, completo, definitivo, es causa de espera ansiosa del enfermo que desea con razón curarse o por lo menos aliviarse inmediatamente.

Debemos pues instituir sin demoras una terapéutica siquiera funcional y sintomática hasta la aclaración etiológica definitiva.

Otra aberración del criterio y del sentimiento que debemos evitar a todo trance es la antipática clasificación en "enfermos interesantes" y "enfermos banales o clavos". Estos últimos arrastran a veces melan-

cólicamente sus vidas de internados del hospital, bajo el peso de una doble desgracia, la de ser enfermos y la de ser "poco interesantes". Esta discriminación además de constituir una falta de humanidad, es científicamente un prejuicio, porque las cuestiones más trilladas cuando se enfocan con interés y hondura, brindan siempre nuevas enseñanzas. Aunque el símil no es del todo adecuado, consideren ustedes un hecho en apariencia banal, quizás ya entrevisto por muchos prácticos de laboratorio: la inhibición de cultivos bacterianos por contaminaciones micóticas no fue valorada debidamente, sino por un hombre que no desdeñaba las trivialidades, Fleming — y es el origen del prodigioso asunto de la Penicilina. Todos los enfermos por igual, deben despertar nuestra humana simpatía y nuestro interés científico.

Algo más quisiera agregar para nosotros los médicos y futuros médicos. Respetemosnos los unos a los otros. Despojémonos de todo egoísmo vanidoso, que siempre es un feo estigma espiritual y piedra muy pesada que obstruye el camino de la vida profesional. Nadie puede ya jactarse de poseer toda la ciencia médica que es inmensa, inabarcable para una sola persona. No podríamos bastarnos trabajando aisladamente y flaco favor haríamos al enfermo, prescindiendo de la colaboración de otros colegas, que en ciertos tópicos saben más que nosotros. La colaboración honrada y gentil debe ser nuestra norma. A veces, habrá disparidad entre nuestras opiniones y la de otros colegas en cuestiones técnicas y profesionales. Esto es inevitable. Pero entonces discutamos con el propósito elevado de aclarar un enigma, de resolver un problema, y no vayamos a disputar, aferrados a nuestra propia opinión, enfermos de vanidad, de narcisismo intelectual, peligrosa terquedad para nosotros mismos, para el enfermo que reclama colaboración en el auxilio que se le presta y para la ciencia médica, que no debe encharcarse. El apego excesivo a la propia opinión del ilustre Broussais, hizo gemir a la humanidad y retardó el progreso de la medicina durante decenios; su teoría de la irritación, acatada universalmente — bajo la sugestión prestigiosa de este orgulloso clínico que no admitía discusiones, entronizó como método terapéutico la sangría a diestra y siniestra, con daño que no podemos ahora calcular. En este sentido, la colaboración estrecha de equipos de especialistas y el "fair-plair" que caracteriza a la emulación entre ellos, es una lección magnífica que brinda al mundo la medicina norteamericana contemporánea, en sus Universidades, laboratorios y hospitales grandiosos. Colaboremos gentilmente y emulemos si es necesario en caballeresco "fair-plair".

Al personal auxiliar de nurses, enfermeras y mucamas, no necesito repetirle cuánto dije para nosotros médicos y practicantes, respecto a la cordialidad que debemos a los enfermos. Nada para mí más emocionante, que la dulce palabra de madre y la guaraní más dulce aún, de che-sy, con que los soldados enfermos del Hospital Militar premian a la enfermera buena y cariñosa. Y nada más reconfortante

para médicos y enfermos, que la enfermera limpia, elegante, activa, prolija, conciente de sus obligaciones y afectuosa, que inspira al punto optimismo y la absoluta seguridad de que el tratamiento prescripto será correcto y eficazmente ejecutado.

Antes de terminar, recordemos siempre que el enfermo de hospital es enfermo pobre y por eso mismo debe ser muy bien tratado, si no queremos se siga diciendo que "la medicina es el arte de tratar a los ricos y de mostrar a los pobres como podrían ser curados si tuviesen dinero" (Vieira Sa Fonseca).

Y bien mis amigos, perdonenme esta charla ya muy larga, en que nada dije que ustedes no sepan o no sientan.

Muchas gracias

DISCURSO DE APERTURA DEL CURSO ACADEMICO DE ANATOMIA DESCRIPTIVA

OPENING SPEECH TO THE ACADEMIC COURSE IN DESCRIPTIVE ANATOMY

Prof. Dr. Antonio Bestard (†) ()*

Como en años anteriores, esta clase inaugural les dedico no solamente como estudiantes de medicina, sino a la juventud estudiosa que representáis, cuyo pensamiento, aún fértil, se halla abierto generosamente a todas las ideas, a todos los sentimientos, para que con ellas, en la madurez, con criterio propio, desechando lo superfluo o inútil formen su bagaje intelectual.

Estas disertaciones que se apartan de aquellas puramente académicas, se refieren siempre a temas de biología, pero de esa biología tan abstracta que más atañe a la filosofía del ser.

En este momento no tengo otro objeto que el de significar, cómo al abordar un estudio tan fundamentalmente objetivo como es la Anatomía se llega con el pensamiento, por las ideas que sugiere, a un mundo tan abstracto en donde las verdades se pueden aprehender sólo por intuición.

El estudio de la Medicina, en los tiempos que corren es eminentemente empírico. La fórmula científica actual es "no dar fe sino a aserción fundada en hechos". La experimentación, constituye desde Claudio Bernard, la fuente vivificadora de todas las verdades que estructuran el edificio de la Medicina. Este espíritu de la Medicina actual se ha hecho carne en su apóstol: el médico, cuya personalidad está en todas las mentes como un ser necesariamente materialista, el eterno incrédulo, que todo lo somete al análisis de los sentidos. ¡Y en verdad que es difícil desprenderse de los lazos con que nos ciñe la materia cuando ella es la que dirige y condiciona nuestro pensamiento!

(*) Profesor Titular de Anatomía Descriptiva y Ex Decano de la Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

La imposibilidad de dar explicación satisfactoria a algunos fenómenos de la Naturaleza, no invalida el método de conocimiento adoptado, ni excluye la posibilidad de llegar algún día siguiendo ese camino a un total esclarecimiento. Los muy optimistas aseguran que no se trata de incapacidad del método sino de pasajera ignorancia. ¿Qué no conocemos los íntimos secretos de la vida? ¿Qué no podemos dar razón de la presencia del hombre en la Naturaleza? Ya vendrán edades con mayor fortuna en que se pueda establecer sin temor a equivocarse esas incognitas.

Por otro lado, hemos de desviar nuestro camino y abandonar nuestro fértil terreno de experimentación? que se ha mostrado hasta el presente tan pródigo para el progreso de la ciencia?... No, por cierto.

Es indudable que el pensamiento humano en su constante elevación ha encontrado en última instancia algunos hechos de la naturaleza que escapan a toda tentativa lógica de explicación. Donde la experimentación no encuentra base sólida para iniciar e inquirir sus funcionamientos. Hechos en fin que están a todas luces fuera del dominio de la razón.

Ustedes han podido apreciar cuán frágiles son las teorías que explican el determinismo de las formas. El espíritu humano se encuentra perplejo ante la complejidad del asunto. Sí, es maravilloso; en efecto, que una célula hembra después de su conjugación con otra macho, comience a dividirse, ello puede ser debido a la introducción en el complejo hembra-macho, nuevas fuerzas químicas ó físicoquímicas como, tensión superficial, difusibilidad, ósmosis etc., — que modifique la contextura íntima del conjunto, capacitándolo a absorber agua, hincharse y en su creciente aumento de volumen, agotada su elasticidad superficial, se divida. Pero, lo asombroso es que dicha célula después de división, y de millones de veces más, en un momento dado se detenga para constituir un tipo de organismo viviente siempre análogo al de sus progenitores, invariablemente el mismo.

Ante este hecho, el hombre de ciencia, que no tiene sino un medio de conocimiento, que no tiene fe en la razón, si nó llega a dudar de ella, tiende por lo menos a admitir otros posibles caminos que le conduzca a la verdad y que estaría fuera de la lógica, es decir que, en el universo existen hechos que son irracionales.

En vano los teólogos y teístas en general, que han vislumbrado el problema, han pretendido dar una explicación a los hechos apuntados, admitiendo la ingerencia de poderes superiores o ultraterrenos, pero la mente se revela a menudo contra toda idea que no esté subordinada a la ley que rige los fenómenos naturales. Nuestra propia mentalidad se resiste a admitir nada inexplicable, y ante los hechos señalados comienza ya a detener su atención sobre las posibilidades de la razón para esclarecimiento. Por este camino se llega inevita-

blemente a pensar que nuestra capacidad intelectual no ha llegado a su total desarrollo. Falta en el cerebro humano el lóbulo encargado de intelectualizar esos hechos. Esperamos que el proceso evolutivo cerebral iniciado con el desarrollo de la razón, que nos diferenció de los demás animales haciéndonos comprender los fenómenos que entran dentro de los límites de la lógica, seguirá su curso, y otros centros adquirirán su plenitud, centros que aún están dormidos en el laberinto de células nerviosas cerebrales.

Estas consideraciones nos conducen a trasponer los límites que el puro materialismo nos impone. Llegamos a ser un tanto idealistas porque la misma razón nos conduce a ella.

Este idealismo del que hablo nos abre las puertas de un mundo extraño en donde todo está por hacerse y si no aceptamos aún las verdades apriorísticas, es porque no tenemos disponible el órgano eficiente capaz de admitirlo como tal.

¿Pero cómo hemos llegado hasta allí? Empezando por nuestro acostumbrado camino: la materia. Atravesamos ese mundo llevando toda nuestra carga materialista a cuestas, porque pensamos que en su laboriosa exploración no será necesario. Se entra en el mundo de las ideas por las sensaciones. Se llega a las altas cumbres del pensamiento habiendo empezado por pegarnos al pecho de nuestra madre tierra.

Y bien señores, comenzamos el estudio de la Medicina por el estudio de las materias llamadas básicas que son las más objetivas, la Anatomía. En este momento consideramos el organismo humano como una máquina, y como buenos mecánicos que pretendemos ser, queremos conocer primeramente sus partes constitutivas. La materia nos es accesible casi en todas sus partes. Aprenderemos luego sus funciones normales por medio de la Fisiología, a fin de poder arreglar sus desperfectos en cuanto notemos alguna disfunción. Por fin, después de larga peregrinación por los campos de las Patologías entraremos en las Clínicas donde se pretende poner orden dentro de un desorden que parece lógico. Terminamos nuestros estudios, y hé aquí que somos médicos. Nos apresuramos a dirigir y manejar esa máquina ¡cuánta perplejidad! ¡cuántos sinsabores! ¡cuánta desilusión! La máquina humana, si no se resiste definitivamente a obedecernos, responde a nuestras solicitudes con una multitud de hechos ilógicos. El organismo humano no quiere ser solamente una máquina; entonces, y recién entonces, vislumbramos ese mundo extraño de que os he hablado y al que aventuramos entrar. Para ello no necesitaremos dudar de nuestros conocimientos adquiridos ni rechazaremos los principios fundamentales en que están basados, porque nos consta que son reales y fehacientes; acometeremos la empresa con todas nuestras armas y abordaremos ese pequeño mundo que es el ser viviente, no ya en sus detalles funcionales, sino en el conjunto de

ese yo íntimo que constituye la personalidad y que es la que introduce tantas modificaciones y modalidades en el comportamiento de nuestra pretendida máquina.

Estamos pues abocados a un problema que merece toda nuestra atención: el estudio de la personalidad humana, para que de esta manera lleguemos ante el enfermo con todos los elementos de juicio que nos hará comprender y resolver una gran parte de sus interrogantes.

Pero, antes de llegar al enfermo también tendremos que construir nuestra propia personalidad.

La posición del médico en la sociedad es elevada gracias a los esfuerzos de las grandes figuras que han contribuido para su bienestar. Ser médico en la actualidad, dice Thayer, es un privilegio, y bien podemos estar orgullosos de ello.

Pero, ¿qué es lo que se exige de nosotros para tales consideraciones?

Abnegación, espíritu de sacrificio, voluntad enérgica. No debemos quejarnos de los sinsabores que nos proporciona a diario el cumplimiento del deber. Los que no nos comprenden o interpretan mal nuestra personalidad, llegarán hasta atentar contra los principios básicos de la ciencia; pero ello no deberá hacer flaquear nuestras convicciones, seguros de que serán ellos los primeros en erigirse en dique de contención de las pasiones humanas.

La caridad, virtud contra la que se alzaron aquellos que la interpretan como debilidad espiritual, fruto del enternecimiento, no atañe al médico, puesto que éste debe poner en juego toda su energía y abnegación en la ayuda de su prójimo para devolverle la salud. Nosotros la practicamos convencidos de que es un arma profiláctica y no como sentimiento pernicioso favorecedor del vagabundismo y la holgazanería.

El desinterés, la temperancia, la tolerancia, son virtudes superiores propias del médico que se originan y toman cuerpo en las profundidades del ser por el conocimiento mismo de la naturaleza humana.

Un verdadero médico, dice Mortimore, debe ser un filósofo, un jurista, un árbitro: Tiene acceso a la intimidad de la familia y su buen criterio como consejero puede a menudo hacer (como la falta de él puede destruir) la felicidad del hogar. Debe estar imbuido de un espíritu de rectitud y guiarse por el altruismo, con un pleno conocimiento de las fragilidades humanas.

La medicina comunica ese espíritu a sus cultores por el carácter propio de sus disciplinas.

Ese corazón que os anima y dá fuerzas muchas veces para arriesgaros en terreno ajenos a vuestras actividades estudiantiles con el febril entusiasmo de vuestros años, os hará cometer quizá algunas ligerezas; todo será disculpable mientras no se olvide el trabajo ni se comprometa el deber. Una estrecha comunión de ideales os une a lo porvenir; las pequeñas rencillas internas, no os hará perder el espíritu de cuerpo que debe reinar en el seno de la corporación. El honor de uno de vosotros es el honor de todos. En esa escuela de carácter y probidad se irán formando los hombres, que más adelante, serán llamados a dirigir los destinos de la sociedad. El recinto donde cultivais el espíritu y la inteligencia, os deberá infundir profundo respeto, así como todo lo que en el se guarda y se utiliza.

Dentro de breve tiempo estaremos ante los cadáveres tendidos sobre las mesas de disección ofreciéndonos su incógnita. Empezaremos nuestro trabajo y pocos momentos bastarán para que el bisturí en vuestras manos, ansiosos de saber y observarlo todo, no quede de aquello sino un montón informe de carnes, de huesos. Para un profano, seguramente, el espectáculo debe dar pie a desagradables comentarios y hasta de profundas execración; pero la ciencia ha purificado ya nuestras manos, y lo que en otra parte hubiera sido una abominable profanación, aquí en este recinto, constituye uno de los más nobles sacrificios que los hombres y las sociedades tributan al saber humano. Hagámonos acreedores de este homenaje. Todo acto que implique el olvido de los sagrados deberes que nos hemos impuesto voluntariamente, no será considerado sino como una vil traición a la ciencia y a la confianza depositada en nosotros por la sociedad.

Llegamos así a golpear las puertas de la ciencia, pero hemos aquí que se nos exige antes un entrenamiento. La teórica. Técnica y ciencia... he aquí dos palabras que representan actividades humanas tan íntimamente unidas en el siglo que vivimos que la una no se comprende sin la otra, hasta podríamos decir que la primera ejerce cierta paternidad sobre la segunda.

Es bien sabido que las fuentes de conocimiento de que disponemos son los sentidos, a tal punto de que todo aquello que escapa a su análisis, permanecerá en el misterio. Quiere decir entonces que todo aquello que sea materia de conocimiento, debe llegar a cerebro humano a través de nuestros sentidos.

El cerebro, laboratorio donde se comparan, coordinan y enlazan los hechos, puede además forjar teorías para explicarlos; pero, no serán tales mientras escapen a la posibilidad de observación, de comprobación.

Ciencia, "implica todavía tolerancia", pues, en época como la nuestra, en que la duda impera y la revisión de los hechos conducen a repetidas rectificaciones, hacen que nuestros juicios sean siempre de carácter precario. El éter, aceptado por unos y negado por otros, es un ejemplo palpante. El átomo ha dejado de ser la última partícula de la materia para dar paso a la teoría electrónica y ésta a su vez sufriendo modificaciones a medida del desarrollo de las investigaciones que es imposible prever que forma definitiva podrá tomar en el futuro.

Aceptamos las teorías cuando ellas no están en desacuerdo con los hechos. Comprendemos la "cuantista" gracias a los fenómenos producidos en los tubos de Braun, de Crookes, etc. Las ondas hercianas que han permanecido ignoradas hasta pocos años atrás, han llegado a nuestro conocimiento por el resonador eléctrico, que le ha hecho accesible a nuestros sentidos. Y podríamos ir citando muchos otros fenómenos cuyo conocimiento no ha sido posible sino por el empleo de un instrumental apropiado para ponerlos de manifiesto. Así se llega a formar el elemento básico de la ciencia: La técnica. Esta nos obliga a disponer de aparatos y arreglar los asuntos, materia de conocimiento, en un orden inviolable so pena de un rotundo fracaso. La técnica de la disección ha sido uno de los elementos básicos sobre el que se elevó el edificio de la ciencia anatómica. Muchos errores sólo han sido imputables al desconocimiento de la disección, y si aun existen misterios en el conocimiento del organismo humano, no es sino porque la técnica no ha encontrado aun los medios apropiados de revelarlos a nuestros sentidos. La técnica de la disección deberá ser, pues, el objeto de nuestra constante preocupación. Además, la práctica de anfiteatro tiene un valor educativo incuestionable, despertando las cualidades intelectuales y morales del joven estudiante. La destreza manual que se requiere en el trabajo desarrolla la capacidad atenta y pone en evidencia el espíritu de observación, pudiéndose conjeturar que en estos primeros pasos de la vida estudiantil se hallan ya de manifiesto las posibilidades del futuro médico.

Algunas prendas de carácter se adquieren y se acreditan en este trabajo, tales como la seriedad y circunspección que caracterizan los actos y toda manifestación de la vida científica. La buena fe. El leal compañerismo. La discreción, tan necesaria al médico: no penseis daros importancia haciendo el pintoresco relato de las escenas de anfiteatro, ello despierta en el vulgo preocupaciones y celos que perjudican el progreso de la ciencia. Los despojos humanos deben ser mirados con el profundo respeto que la muerte inspira siempre al hombre pensador; pero rechazando toda repugnancia moral, se contemplará en ellos lo que tienen de material científico. No seais de ánimo apocado, dejándoos impresionar fácilmente; pero, tampoco caigais al lado opuesto haciendo alarde, con necia jactancia, de innecesaria despreocupación.

Lombroso afirmaba que el arte anatómico, por la naturaleza del material del trabajo empleado, el cadáver, y el continuo espectáculo de cuerpos destrozados, llevan al espíritu humano a un estado de insensibilidad moral cuyos efectos repercutirían sobre los sentimientos afectivos y por consecuencia llevarían al hombre a un endurecimiento tal de carácter que lo predisponía a violencia, pudiéndose temer hasta por la moralidad de su conducta. Esta impugnación a los estudios prácticos de la anatomía no se justifica sino por una falsa apreciación de hechos. El anatomista es impulsado a trabajar sobre el cadáver por elevado espíritu que le comunica la ciencia, busca en el arcano de la muerte armas para combatir contra la misma muerte.

Con el arte se eleva el espíritu, con la técnica llegamos a nuestro fin deseado, la ciencia todo lo sublima y ennoblece, sea cual fuere el medio en que actúe. El bisturí en manos de un cirujano, separando con movimientos ordenados, resueltos y seguros los tejidos, acaso despierte el mismo sentimiento estético de los delicados dedos de una mujer acariciando los pétalos de una rosa.

POSICION DE LAS CIENCIAS MEDICAS

POSITION OF MEDICAL SCIENCES

Prof. Dr. Carlos Gatti (†) ()*

No es mi intención hacer aquí una disertación filosófica ni una demostración de erudición. Simplemente voy a relataros el camino que he seguido y los resultados a que he llegado, tratando de ubicar las Ciencias Médicas dentro de nuestros conocimientos.

Es cierto que el tema es vasto y el tiempo breve, pero el problema es apasionante y sus resultados prácticos. Vale la pena por eso intentar un rápido resumen, orientaciones evitamos muchos errores y, especialmente, en este caso, mucha inquietud interna.

El estudio de las Ciencias Naturales y particularmente el de aquellas que se relacionan con la **Naturaleza del Hombre**, despiertan en el espíritu del joven un materialismo escéptico, de profunda repercusión espiritual, sobre todo en las personas de instinto religioso muy desarrollado. Las manifestaciones superiores del espíritu, como el arte, la metafísica, la religión, etc., dejan de interesar al estudiante quien se acostumbra, poco a poco, a mirar la vida con un descreimiento desconcertante que muy a menudo influye sobre su moral y su costumbre.

Recuerdo yo que, cuando estudiante, no podía comprender, como hombres de la talla de Pasteur, congeniaban la "duda metódica" de sus trabajos científicos que determinaron el derrumbe, con un razonamiento frío y bien conducido, de todo el antiguo mundo de supersticiones, con una sincera ortodoxia religiosa, hasta que, siguiendo un consejo del Prof. Delamare, (consejo que yo os lo hago llegar, de dedicarme durante las vacaciones al estudio de cuestiones no relacionadas con las actividades médicas) en una de ellas, aprovechando una eventual buena biblioteca, me propuse descubrir aquel "secreto". Para ello me fue preciso ubicar y establecer las relaciones de las ciencias médicas con las otras actividades del espíritu, previo un análisis de la formación y ordenación de nuestros conocimientos.

(*) Prof. Titular Clínica Médica. Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

Algo al parecer bien establecido es que, para el hombre, nada existe que no esté dentro de su **conciencia**. Todos los hechos son pensados y no es posible señalar, uno solo que no fuere pensado. No es necesario razonar mucho, para advertir que aún el universo visible y tangible que nos rodea y del cual forma parte nuestro propio cuerpo, lo conocemos solo como un fenómeno mental que se desarrolla dentro de nuestra conciencia. En esta conciencia nuestra que es única e indivisible, se puede establecer, vosotros lo sabeis, dos órdenes: **el orden de los subjetivos** ó del "yo" y **el orden objetivo** ó del "no yo". Admitiendo cualquier doctrina filosófica, estos dos términos existen distintos, y estrechamente ligados el uno con el otro. En nuestra conciencia está nuestro yo y está el universo, y no es posible sin destruir la conciencia, suprimir cualquiera de los dos términos.

Un hombre que naciera sin los órganos de los sentidos que ponen la conciencia en relación con el mundo exterior, es decir que fuera sordo ciego, sin gusto sin olfato, y sin tacto, carecería de conciencia. La pérdida de la noción del yo, como ocurre al parecer en ciertos estados demenciales, implicaría la desaparición de la conciencia.

Estos dos ordenes establecen en la conciencia un límite. En la zona por ellos comprendida, **está el mundo real** más allá de ellos está la **región metafísica**. En este más acá del yo y del no yo, ó mundo real, intervienen necesariamente las nociones de **tiempo** y de **espacio**. De ahí que real sea todo lo que concebimos como espacial ó temporal. En el **más allá** del mundo real cae todo lo que está fuera del tiempo, y del espacio, es decir, lo eterno, lo infinito, en una palabra lo metafísico, lo religioso, etc.

Es necesario que presteis atención a estos dos términos de la conciencia: lo temporal ó espacial, es decir todo lo susceptible de desarrollarse en el tiempo o de ocupar un espacio, corresponde al mundo real; mientras que todo lo que se halla fuera del tiempo, es decir lo eterno y lo que no puede ubicarse en el espacio, lo infinito, son del dominio metafísico. Nuestras ciencias tienen como material de estudio, fenómenos que se desarrollan en el tiempo y en el espacio, poseen un objeto real. En este mundo real formado por lo objetivo y lo subjetivo, defínese como objetivo todo lo que conocemos como espacial ó mensurable, mientras que lo subjetivo, aunque se desarrolla en el tiempo, escapa a toda medida. El objeto es el mismo para todos; lo subjetivo es único; mis afectos (que son exclusivamente míos), etc. Lo objetivo es mensurable; lo subjetivo no puede medirse. Las ciencias o disciplinas que estudian el mundo real se dividen por eso en dos grandes grupos: uno de ellos estudia lo objetivo y **abarca las ciencias exactas y naturales**; y el otro las apreciaciones que hacemos de las cosas, y está formado por la **teoría de los valores ó axiología**.

Las ciencias exactas y naturales, tienen como materia de estudio, lo objetivo que nos es dado, tal cual no podemos discutirlo, ni negarlo, ni afirmarlo, sino sólo comprobarlo y medirlo.

La teoría de los valores ó axiología tiene como materia de estudio lo subjetivo que ante cada hecho lo afirma o lo niega, lo aprecia desde su propio punto de vista lo valora. En estas disciplinas se estatuyen así valores éticos, pragmáticos, económicos, lógicos, estéticos, etc. Como consecuencia de estas características, las ciencias naturales crecen incesantemente por el descubrimiento de nuevos hechos; mientras las disciplinas de los valores humanos se renuevan de continuo porque cada generación de hombres establece sus propios valores: las leyes económicas de hoy serán absurdas mañana, lo justo de ayer es injusto hoy, etc. Además, las leyes de las ciencias exactas y naturales son ineludibles, mientras que las de las ciencias de los valores son precarias; a las primeras leyes, obedecemos; en cuanto a las segundas, las establecemos.

Existen aun muchas diferencias entre estos dos grupos de ciencias del mundo real. Agregaré solo que en las ciencias objetivas, comprobamos los hechos establecemos sus causas, y discutimos solo a propósito de nuestros errores o de nuestras hipótesis.

Cuando hacemos ciencia subjetiva y damos a los hechos, un valor con un fin determinado, cada uno crea una teoría personal y no coincidimos casi nunca. Mientras el mundo objetivo, el de las ciencias exactas y naturales, permanece mudo e insensible a todo sentimiento humano, los valores de las disciplinas axiológicas contemplan en primer término al hombre. Todas las ciencias exactas y naturales son comprendidas por la "Cosmología" cuyo objeto es el estudio del Cosmos o del "no yo".

Las disciplinas axiológicas son englobadas por la "filosofía". Se han creado o se ha pretendido hacerlo en estos últimos años, algunas ciencias híbridas, que tienen a la vez como materia de estudio lo objetivo y lo subjetivo, como la Sociología y la Psicología. Recordaré sólo que aquella hibridación es causa de serios inconvenientes como el de que ya se conozcan tres sociologías distintas. De este breve resumen, es fácil deducir que las ciencias médicas que estudian una parte del mundo objetivo, el cuerpo del hombre pertenecen al grupo de las ciencias exactas y naturales, forman parte de la "Cosmología".

LA SENSIBILIDAD PROFESIONAL EN EL MEDICO

PROFESSIONAL SENSITIVITY IN THE PHYSICIAN.

Prof. Dr. Gustavo González (†) ()*

El Ateneo del Centro de Estudiantes de Medicina me ha impuesto el grato deber de hablar en esta reunión. Agradezco el honor, no sin temerosa emoción, porque siento la pobreza de mis medios verbales de expresión, que me parecen disonantes en un acto como el de hoy, tocado por la clara luz y las gracias espirituales de Don Enrique de Gandía, punto alto de las letras y de la ciencia histórica americana. Y pésame también hablar sin bellezas de cosas tan bellas y elevadas como son las que atañen a la sensibilidad profesional en medicina. Quiero antes advertir que esta conversación está dedicada a los Estudiantes de Medicina, porque es de ellos esta fiesta del espíritu y porque ellos me han sugerido el tema.

Lejos de mi intención hablar a mis compañeros de docencia, y a mis otros colegas, de cosas que saben tanto como yo, y las sienten quizás más que yo.

El Presidente de este Ateneo, al declarar abierta la reunión anterior dijo glosando ideas de un maestro de la juventud universitaria argentina, el Profesor Nerio Rojas que los elementos esenciales que informan el verdadero espíritu médico, son tres: técnica científica, amplitud filosófica, y sensibilidad profesional.

La **técnica científica** le presta eficacia para combatir las enfermedades, para prevenirlas, y para seguir buscando el mundo misterioso de potencias mórbidas, que aun se ciernen irremediables sobre la vida humana y descargan sobre ella, el dolor y la muerte.

La **filosofía** ayúdale a comprender mejor los fenómenos biológicos, mediante el planteamiento corriente de sus problemas, y una conducción rigurosamente lógica del razonamiento y de la experimentación, además de agilizar su espíritu, y de abrirle perspectivas más anchas que las que se divisan desde la rutina del tópico especializado, que engendra si no verdaderas cerrazones espirituales.

(*) Prof. Titular Semiología Médica. Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

La sensibilidad profesional sitúa al médico como hombre entre otros hombres, a quienes debe servir y consolar en su dolor con abnegación y hasta con amor.

Es este aspecto de la formación del espíritu médico, que deseo comentar, porque me parece lo más urgente en esta época de hipertrofia del sentimiento de los derechos y de atrofia verdaderamente alarmante de la conciencia de los deberes; y también porque es lo más descuidado en nuestra embrionaria Escuela de Medicina.

Nerio Rojas decía en su aludida disertación que un médico inculto es tan malo como un médico insensible. Yo creo que el médico insensible es el peor, porque aun sobrándole ciencia y competencia, fácil es que incurra, en desidias culpables, y tanto como eso, en deslealtad para con su paciente. En cambio un médico de fina sensibilidad profesional y de conciencia despierta y exigente, sabrá casi siempre subsanar sus deficiencias técnicas.

La sociedad y sus leyes han discernido al médico el más alto honor y le han otorgado los más tremendos deberes o poderes que se puedan concebir, instituyéndole mantenedor del fuego sagrado de la vida. "Dios te instituyó sacerdote del fuego sagrado de la vida", rezaba una leyenda del salón de Actos de la Facultad de Buenos Aires, donde se rendían exámenes de tesis y se entregaban los diplomas. Pensad alumnos y amigos en lo que significa esta investidura, que es también una formidable admonición.

Decidme luego si la conciencia de nuestra responsabilidad ante Dios (si creéis en él) y ante la especie, no nos agobia un tanto y no deja henchida luego nuestra alma del más legítimo orgullo y de la firme voluntad de elevarnos, por encima de nuestras grandes y pequeñas debilidades, para cumplir con honda y entera corrección el gran deber que hemos aceptado al enrolarnos en esta nobilísima orden de la medicina.

Basta una muy breve meditación acerca del gran poder que ejercitamos sobre la vida de nuestro semejante, que la han confiado a nuestra ciencia y a nuestra honradez para intuir toda la grandeza de la responsabilidad y de los deberes correlativos que aceptamos.

Meditemos (un instante nomás en cada encrucijada de la vida profesional, ha de bastarnos para ello) acerca del dolor, de la vida y de la muerte, que es para nosotros los médicos, lo que para el abogado la defensa de bienes materiales o morales, y para el naturalista, el descubrimiento de nuevos hechos y de nuevas relaciones en la trama del mundo.

Las consecuencias de la desidia, de la despreocupación, y del error en medicina, decíanos un viejo e ilustre maestro, no se pueden comparar con las que derivan en otras disciplinas especulativas.

físico-químicas o biológicas, porque es la vida humana misma la que está en juego con toda la majestad que puso en ella, la mano de Dios, y con todas sus inmensas e imprevisibles posibilidades.

Si Letamendi ha dicho, que todo error del juicio clínico, implica un hecho más o menos grave de responsabilidad moral, podríamos agregar nosotros, que toda inercia en el cumplimiento de los deberes médicos, toda falta de caridad que derive en grave daño para la salud o para la vida del prójimo, constituyen un delito de lesa humanidad. No descansemos pues, ni en nuestras fatigas físicas, ni en nuestra impaciencia, ni en nuestra pereza mental, el cómodo "errare humanum est" que considero de fórmula de plácida y sensual resignación, cohonestada por esa mala ley que se llama "del menor esfuerzo", ley de mecánica, de inercia, de gravitación física, que debe ser desterrada como una intrusa del campo de las energías espirituales y del rudo terreno de nuestra acción profesional.

Hasta aquí os he hablado, señores, del fervor, del entusiasmo sin desmayos, que debeis poner en vuestra acción, para responder con altura a la confianza y al honor que la sociedad nos dispensa: "A tout seigneur tout honneur" como rezan nobles blasones.

Permitidme ahora alabar y encarecer otro rasgo del sentimiento de humanidad, descuidado a veces en el ejercicio de nuestras funciones mas por abandono mental que por endurecimiento afectivo.

No olvideis nunca ante el enfermo, que es un pobre ser doliente, sensibilizado muchas veces hasta la exasperación por el sufrimiento a quien además de servir con vuestro saber y vuestra habilidad, habeis de prodigar con infinita delicadeza, humana simpatía y aliento optimista.

Vuestra sabiduría poco ha de lograr si no sabeis inspirar de esta guisa al enfermo, confianza en si mismo, y confianza plena y afectuosa en su médico. No olvideis a este respecto, que las conmociones psíquicas tienen grande influencia sobre las actividades orgánicas y mucho más en el hombre enfermo.

Yo no sé que puedan formularse reglas de conducta en este sentido; las situaciones son tan dispares que escapan a todo intento normativo. Además las fórmulas no serían algo viviente, sino esquemas, y abstracciones.

Vuestras propias vivencias ante el enfermo, vuestra simpatía afectuosa ante el ser que sufre, son las que os darán la pauta que nunca falla, si habeis cultivado la natural propensión de vuestro espíritu a lo bello, a lo bueno, a lo justo.

La finura de esta sensibilidad profesional, no será pues sino un postulado, un don o regalo diría yo, de vuestros sentimientos estéticos, morales y religiosos, bien cultivados.

Quien sienta la belleza como una suprema armonía del mundo, ha de atentar sin vergüenza contra ella, en el gesto brutal, feo o inelegante, como sería eso de lastimar la sensibilidad de un enfermo?

Quien que sienta la bondad infinita de los mandamientos de Dios que yacen en lo más hondo del alma de todos los hombres, ha de lastimar a su enfermo con un gesto agrio o una palabra amarga?

Todos vosotros haceis vuestro aprendizaje en el Hospital. Ojalá todos sigais prodigando vuestro esfuerzo en esa casa santificada por el dolor. Algunos de vosotros sin duda, han de consagrar todos los afanes de su vida a la investigación científica y a la docencia universitaria. Que su pasión por desentrañar los misterios de la clínica y de la patología, nunca les haga olvidar que el enfermo de hospital es un ser humano ansioso de salud o de alivio, y no una cosa de laboratorio, ni un animal de experimentación.

La más imperiosa curiosidad científica, no justifica la tortura ni el riesgo por mínimo que sean.

Tampoco debeis clasificar vuestros enfermos en las dos famosas categorías de **interesantes** y **clavos**.

Se ve con fastidio y con algo de repugnancia, esta deshumanización de la Medicina, en ciertas clínicas hospitalarias del extranjero, en que la publicación del caso interesante, o de la investigación mas o menos útil, es la única nota perseguida, desviando la atención del infeliz, que tiene la doble desgracia de hallarse enfermo de una enfermedad poco interesante.

En este capítulo de las responsabilidades del médico ante el enfermo está bien que os recuerde el grave compromiso solemnemente jurado por los discípulos de **Hipócrates**, al recibir la consagración del maestro.

Era el de respetar la ley y la justicia, de no servirse de la profesión para corromper las costumbres ni favorecer el vicio, de permanecer sordos y ciegos en la intimidad de los hogares que hayan recurrido a su servicio, y de guardar celosamente los secretos que se les hubiesen contado en el ejercicio de la profesión.

Este juramento con algunas variantes, es el que prestan los egresados, en casi todas las escuelas de medicina del mundo. Yo no sé por qué el juramento hipocrático, ha sido suprimido de nuestra vida universitaria.

No olvidemos tampoco, que el médico tiene y cada vez más, altísima función social que cumplir. La civilización de nuestro siglo puede decirse que es una civilización médica e higiénica.

El maravilloso desenvolvimiento de nuestra ciencia, desde que Pasteur echó las bases de la bacteriología, y de la epidemiología, ha determinado la desaparición de las grandes epidemias, que de tiempo en tiempo diezmaban a la humanidad.

La Medicina y la Higiene han logrado también yugular en parte ciertas endemias, como la Sífilis y la Tuberculosis, que conspiran contra la vitalidad de la especie.

El cuidado médico higiénico de la Niñez ha logrado en los países más civilizados reducir a cifras insignificantes la mortalidad infantil.

La higiene industrial, la higiene alimenticia, la higiene escolar, la higiene cuartelaria, la higiene rural, y el urbanismo, han elevado el nivel biológico de muy vastos grupos humanos.

De este modo el promedio de la vida ascendió a 65 años en Nueva Zelanda, a 50 años en los Estados Unidos, y a cifras que se le aproximan, en otros países que están mismo dentro del ciclo cultural.

Y si la Higiene y la Medicina preventiva han dotado al mundo de un aumento del capital humano, la medicina curativa también ha llevado muy lejos sus fronteras, prestando al hombre cierta seguridad contra el dolor y la enfermedad, que le permiten adquirir un sentimiento más gozoso de la vida y desarrollar actividades más eficaces y productivas.

Este es el panorama de la civilización actual, que traza un asombroso de nuestra ciencia, el **Dr. Alexis Carrel**.

Contempladlo bien y adquirireis una clara conciencia de los deberes sociales y políticos que nos incumben, puesto que nuestras obligaciones ya no se reducen al simple desempeño de la profesión por más eficacia, y por más honestidad que pongamos en ella.

LA CRISIS DE LA MEDICINA

CRISIS IN MEDICINE

Prof. Dr. Julio Manuel Morales (†) ()*

Por poco que se hojee en las revistas ó los diarios de nuestros días, se tropieza con grandes títulos que proclaman el incesante progreso de la Medicina.

Con palabras que rebosan optimismo se habla de los últimos descubrimientos que han de traer aparejado el triunfo definitivo de la ciencia sobre un mal determinado y contribuir así a la soñada felicidad del género humano.

El mismo espíritu flota en el ambiente de las conversaciones diarias, cuando ellas recaen sobre dicho tema.

Las publicaciones científicas, cuyo número crece en proporciones geométricas, con mayor razón, nos presentan en sus columnas el reflejo de este progreso.

Entre los más resonantes de los últimos tiempos, figuran el conocimiento de las hormonas, y de las vitaminas.

Ellos han permitido la interpretación de un sinnúmero de fenómenos relacionados con la naturaleza íntima del hombre en estado de salud y de enfermedad, y nos ha proporcionado valiosos elementos para combatir estados morbosos hasta ahora poco ó nada influenciados.

Otras, se refieren a puntos de vista, como la patología de la herencia, la constitución, la cosmobiología, descuidados hasta ahora y que estudiados con los recursos de la técnica pone en manos de los investigadores modernos, se muestran promisoras fuentes de insospechadas conclusiones en favor de la solución de algunos problemas médicos.

No hay especialidad que en los últimos veinte años no registre en su haber una nueva conquista, una revisión y modernización de conceptos anteriores, y una expansión tal, que de ella se sienten orgullosos aquellos que la practican.

Una prueba nos dan los libros de textos que se renuevan a corto plazo. Qué profesor recomendaría a sus alumnos un texto del año 1915?

(*) Prof. Titular de Clínica Ginecológica. Facultad de Ciencias Médicas, U.N.A.

A ello contribuyen con verdadero apasionamiento, los grandes centros universitarios, que rivalizan en la noble justa de aportar nuevos triunfos para agregar a su vieja y brillante tradición ó cimentar su incipiente prestigio.

Una mirada retrospectiva no haría sino confirmar esta impresión de incesante progreso que nos ofrece la medicina. Bastaría recordar que ella, tal como nosotros la conocemos, la medicina científica tiene apenas cien años de existencia. Y compararla después con la medicina de todos los tiempos.

Es verdad que, en ciertos momentos y en algunos puntos se tiene la impresión que se vuelve a los puntos de vista de hace cientos de años, fenómeno que analizado a la ligera, pudiera hacer pensar en un retroceso, pero no hay que olvidar que en dichos casos, esas mismas ideas son estudiadas, ahora, a la luz de la técnica moderna. Y eso significa progreso.

Las mismas fuerzas con que se crearon las bases del inmenso monumento que constituyen las ciencias médicas, expresión magnífica de la capacidad creadora del hombre, parece que alguien animando a esta maravillosa ciencia del dolor y del sufrimiento. No existe ningún ó el menor indicio de un transtorno en el ritmo de su crecimiento. Muy al contrario cada día que pasa, una nueva llama derrama la luz, y presagia la victoria final.

Frente a estos hechos conocidos y admirados por todos, entendidos y profanos, se esboza desde hace un tiempo, un fenómeno digno del mayor interés.

Portavoces de gran valía han dado la clarinada de alarma. Una cierta inquietud se infiltra en los espíritus.

La Medicina está en crisis, y el final de una crisis es la Vida ó es la Muerte.

Con la misma ansiedad con que los hijos siguen minuto a minuto las alternativas de las mutaciones durante la enfermedad de la madre querida, los cruzados de la medicina asisten a este momento impresionante por el que ella atraviesa.

La medicina dice Cushing, debe encontrar la vía nueva por la cual ella debe marchar.

Delore dice: "La medicina est déjà engagée si nous en jugeons par certains "manifestations". Numerosos y destacados miembros de los círculos médicos y paramédicos expresan en libros y en artículos el mismo pensamiento y anuncian una reorientación de las ideas reinantes.

Tendencias de la medicina contemporánea. "La Medicina en la encrucijada de los caminos de Delore".

La crisis de la Medicina vista por el Profesor Marañón. Febrero de 1936: "Tengamos fe en la medicina".

"El pasado y el porvenir de J. Loebel" 1935.

"El Hombre es desconocido" de Alexis Carrel.

"Destino de las enfermedades infecciosas. Responsabilidades de la Medicina" Ch. Nicolle 1935, y numerosos otros libros y artículos coinciden en destacar que la medicina debe buscar nuevos rumbos, tomar otras líneas de fuerza, para ejercer la gran influencia que de ella espera la humanidad y la civilización.

Pero antes de pasar adelante, antes de buscar los síntomas de este proceso, detengámonos un minuto para estudiar sus antecedentes, y el medio en que se realiza esta crisis.

Demás está recalcar la correlación estrecha que existe entre las diferentes ramas del pensamiento humano.

El asombroso crecimiento de la medicina durante el siglo pasado y el presente, se debe en gran parte al progreso de las ciencias experimentales. Desde Galileo y Newton, la ciencia se desprende de la filosofía, y gira en su propia órbita.

Las cualidades primarias de las cosas, como la dimensión y el peso susceptibles de ser medidas, son las únicas que hasta entonces merecen atención.

Lo cualitativo no interesa. El dualismo de Descartes, de tan profunda repercusión, hace todavía mayor esta separación de lo material de lo espiritual.

La ciencia llega así con el positivismo a un verdadero esplendor. Spencer llega hasta someter a una ley física universal la totalidad de los hechos naturales e históricos.

Es en este medio donde ha nacido y ha crecido la medicina científica. Su vigorosa contextura la debe a la influencia benéfica que sobre ella ha crecido, ha ejercido, el clima positivista que ha facilitado los medios de montar la poderosa máquina de la experimentación, que unidas a la experiencia y guiadas ambas por la inducción, ha permitido llegar a las hermosas y brillantes conquistas de que se enorgullese.

Igual trayectoria han seguido la mecánica, la física, la química. Y es así como surgieron las maravillas técnicas fruto de la experimentación científica.

El espíritu del siglo, atraído casi exclusivamente por el aspecto material de las cosas, por las cualidades primeras de Galileo, se infiltra en todas las esferas y se pone de manifiesto en las más diversas manifestaciones del pensamiento.

Pero, pese a las hermosas perspectivas ofrecidas por el positivismo, se ha llegado no hace mucho a un punto muerto. En política, en economía, en las ciencias, hacia donde se lleve la mirada se nota que se realizan apuradas transformaciones, cambio de trascendencia que constituyen una crisis, y que según Delore algunas de las más importantes son las siguientes: predominio de la física en las ciencias; concepción energética del Universo; carácter ondulatorio de la materia; carácter sintético y fuente de unidad de las teorías físicas recientes; acercamiento entre el dominio de la ciencia y del espíritu; renovación del pitagorismo, y resurgimiento de nociones tradicionales.

La crisis de la medicina no es pues un fenómeno aislado. Guarda relación estrecha con la crisis del pensamiento general, con las intensas mutaciones que se operan en estos momentos en casi todos los problemas relacionados con la vida.

Para apreciar los fenómenos que le son propios, ha sido necesario por otro lado, contemplarla con los nuevos prismas que nos ofrecen las corrientes contemporáneas del pensamiento humano y con una amplia visión de conjunto. Con un espíritu de síntesis un poco demodé, en el siglo de la experimentación *autrance*.

Hechas estas consideraciones pasemos ahora a analizar los fenómenos que bajo la apreciación profunda y serena de las grandes figuras del pensamiento moderno, algunas de las cuales ya hemos citado, constituye los síntomas inequívocos de una crisis. Pero al hacerlo no olvidemos ni un instante que cualquier crítica referente a sus tendencias precedentes, no ha de constituir en modo alguno un desconocimiento del valioso papel, desempeñado por las mismas en el momento necesario.

La crítica en este caso ha de tender únicamente en discriminar sobre la razón ó la sinrazón de ciertas tendencias, y la necesidad de nuevas orientaciones, en acuerdo al estado actual de nuestros conocimientos y de nuestra apreciación de los problemas de la vida.

El espíritu de análisis, la palanca más poderosa que ha impulsado la ciencia, ha contribuido en gran parte, para llevar a la medicina hacia un callejón sin salida ó poco menos.

Seductora por los magníficos resultados que aportara en el conocimiento de los hechos relacionados con la enfermedad, ha atraído en forma desmedida, la atención de los hombres de estudio en detrimento de la vista de conjunto, del espíritu de síntesis, de una consmovisión integral.

Su primera consecuencia ha sido la erudición, la acumulación de conocimientos heterogéneos, y referentes a cuestiones de importancia muy dudosa.

"La ciencia médica se halla encargada de erudición" dice Nicolle, en las Responsabilidades de la Medicina y Biot escribe "Paradoja de la que la economía nos ofrece un ejemplo no menos cruel, nuestro saber corre el riesgo de perecer asfixiado bajo el abuso de las ciencias".

Hemos de recalcar que al consignar este fenómeno, no se pretende disminuir el brillante papel desempeñado por el espíritu analítico en la afanosa búsqueda de las verdades relacionadas con el dolor y la enfermedad, con la vida y con la muerte.

Se anota sencillamente que su crecimiento, ha sido exagerado, muchas veces no bien orientado, y no ha guardado ninguna relación con el del espíritu de síntesis.

La insuficiencia del espíritu filosófico, del predominio de las acciones ligadas a los hechos aislados, ha provenido un desinterés de las cuestiones generales.

Las energías se desgastan en investigaciones dirigidas, no pocas veces casi a ciegas y carentes de toda relación con una directiva general. Igual fenómeno se presenta en la cultura general.

Las necesidades impuestas por la vida, especialmente proveniente del funcionamiento, el decidido espíritu analítico, de la medicina actual, hace difícil sino imposible, dedicar algunos instantes a la cultura general. Y no nos referimos aquí al cultoralismo ó al diletantismo que poco ó nada tienen que ver con el.

El sentido crítico se halla asimismo en baja. Interesa menos corregir, meditar. El imperativo que seduce es el de descubrir y encontrar el camino: la investigación en la que flota el espíritu analítico. Esto trae consigo la perpetuación perjudicial de falsas teorías.

La especialización que tanto ha contribuido en el desarrollo de la medicina al rebasar ciertos límites, constituye un peligro para ella. La especialización excesiva y prematura, como se practica en algunos medios hace que se descuide muchas veces lo fundamental y desvíe así la solución del problema.

La medicina social llevada al extremo ha hecho que el hombre perdiera su personalidad. De individuo ha pasado a ser listo ó visto solamente como un ser humano, y tratado en forma standar. El individuo pasa a un plano secundario.

Sería largo citar todos los fenómenos que observados a la vista del pensamiento contemporáneo, forman dentro de la medicina aspectos que requieren una revisión y una reorientación.

Hemos hablado de crisis de la medicina. Queremos con eso significar que dentro de ella se realizan mutaciones importantes que pueden incidir poderosamente sobre su evolución. Hemos anotado algunas de las tendencias a través del pensamiento nuevo, que requieren una revisión.

Veamos ahora cuáles son los cambios que asoman en el horizonte, cuáles son los síntomas que han de imprimir un determinado carácter, esperamos que sea en bien de la medicina del porvenir. En algunos de ellos se podrá observar fácilmente el parentesco con las tendencias del pensamiento contemporáneo. Otras tienen sus fuentes en los mismos conocimientos conquistados por los caminos que hoy se pretende mejorar.

Carrel dice: "Las ciencias de la materia inerte nos han conducido a un país que no es el nuestro".

Nosotros hemos aceptado ciegamente todo cuanto ellas nos han ofrecido. El individuo se ha hecho estrecho, especializado, inmoral, ininteligente, incapaz de dirigirse a si mismo, y de dirigir sus instituciones.

Pero al mismo tiempo las ciencias biológicas nos han revelado el más preciso de los secretos: las leyes del desarrollo de nuestro cuerpo, de nuestra conciencia. Es este conocimiento que nos da el medio de renovarnos.

En primera fila se destaca la renovación del espíritu de síntesis. Como corolarios de estos puntos de vista surgen variados aspectos, entre otros la apreciación más exacta de las relaciones de la medicina con las demás ciencias, la importancia de las relaciones que guardan ciertos problemas entre si, y la relación del ser humano con el medio físico, meteorológico, cósmico.

A esta nueva corriente debe atribuirse el interés con que se estudian actualmente las influencias de los fenómenos cósmicos, de las fases de la Luna, de las manchas solares, de los factores meteorológicos, sobre la salud y la enfermedad.

Es verdad, que hace siglos estas mismas ideas eran ya sostenidas en algunos medios. Pero hoy son ellas sometidas a el estudio con los medios muy superiores que para ello nos ofrece la técnica. Sus consecuencias serán posiblemente de insospechados alcances.

La medicina del espíritu, tanto descuidada, es sometida al más minucioso estudio. Los fenómenos psíquicos son relacionados con los materiales y vice versa. Una prueba de ello puede encontrarse en la mayor valoración que la medicina dispensa a dichos fenómenos y el gran movimiento psico-analista de estos últimos años.

La medicina se orienta así, decididamente hacia un humanismo, cuya definición, según Laiquel - Lavastine es "la penetración de la naturaleza del hombre por el estudio de la medicina". Rechaza la artificial separación del cuerpo y del espíritu y contempla al hombre como un armonioso complejo psico-fisiológico.

El individuo adquiere mayor importancia que el ser humano y las generalizaciones de la práctica médica se transforman en una medicina más individual.

"La medicina futura" escribe Delore, será una medicina del hombre que piensa, del hombre que trabaja, del hombre que sufre, del hombre social. Ella será verdaderamente una ciencia del hombre, una medicina del ser completo, visto igualmente de adentro, y no solamente de afuera, una ciencia que observa y que estudia el individuo en todas sus actividades, sus manifestaciones, sus relaciones. La medicina preventiva toma mayor desenvolvimiento. Las adquisiciones hechas en el terreno experimental han proporcionado hechos de gran importancia para su desarrollo.

La Fisiopatología y la Anatomía Patológica permiten un diagnóstico precoz de las enfermedades y toma cuerpo la profilaxis basado en el mejor conocimiento de los factores etiopatológicos. La acción médica se dirige así, a mantener la salud, a fortalecer al mismo tiempo que a restituirlo.

Gran número de las tendencias actuales de la medicina, de las que no hemos enumerado sino unas cuantas, convergen en un mismo y determinado punto, a la conciliación del análisis y de la síntesis.

"La medicina debe encontrar una vía nueva en una inteligencia armónica de las dos tendencias, iluminando los resultados del trabajo técnico y del análisis, a la luz del trabajo del pensamiento y de la síntesis" (Delore). Otras se traducen por una valoración del aspecto espiritual del hombre que el relacionado a la materia.

Cuando Bernard ya escribía sobre este punto: "Se quiere siempre ser materialista ó espiritualista, como si la verdad no pudiese hallarse sino dentro de estas opiniones extremas. La verdad está al contrario en estos dos puntos de vista reunidos y convenientemente interpretados".

Señores: Qué suerte espera a la medicina del mañana?

A dónde la llevarán las profundas transformaciones que hoy se operan en varios de sus aspectos?

Ello dependerá de la forma en que se planteen sus variados problemas y la solución feliz que hará que la medicina desempeñe un papel decisivo en defensa de la verdadera civilización, está en manos de las nuevas generaciones.

Mientras tanto con la mayor confianza en el porvenir de nuestra civilización, y en particular en el de la medicina, es oportuno reconocer aquí las hermosas palabras de Eugenio Pelletan al referirse al progreso de la humanidad: "Trabaja esa es la ley; pero acuérdate, mientras trabajas de que la humanidad de que formas parte, como átomo de un minuto de duración, es una perpétua colaboración".

Cuando viniste al mundo, en tu día y en tu hora, hallaste colocado en torno a tu cuna, el inmenso mobiliario intelectual, intelectual y material de todas las invenciones y riquezas de la civilización.

Otros habían pues, hecho esas cosas, antes que tú y para tí sin darse cuenta de ello puesto que te la han transmitido para tu uso. Gracias a ese legado anónimo de millares de generaciones aparecidas en otros tiempos y hoy desaparecidas puedes pensar durante tu sola vida, diez mil años de pensamientos, y participas al salir de la cuna, de lo que ellas han honrado durante diez mil años.

Pues bien, a cambio de todos esos bienes descubiertos por nuestros padres desconocidos, y sumergidos en la noche del olvido, a cambio de todas esas riquezas, que te salen por decirlo así al encuentro desde el fondo de los siglos pasados, devuelve a la humanidad a la medida de tus fuerzas, lo que la humanidad te ha dado al nacer; paga la deuda de tus antepasados; pon algo en la masa común; lleva a ella tu contingente de obras y de ideas.

BOSQUEJO HISTORICO DE LA MEDICINA EN EL PARAGUAY (*)

HISTORIC OUTLINE OF MEDICINE IN PARAGUAY

Dr. Guillermo Vidal

Invitado por la Comisión Nacional de Cultura para dar esta charla radiotelefónica, he pensado que tal vez fuera interesante decir unas palabras acerca de la Medicina en la Historia del Paraguay. El tema es arduo, pero atrayente, con esa atracción propia de las cosas vírgenes y bellas. Tiene, además, el valor de lo científico, que no reconoce fronteras. Por eso lo elegí, no tanto por sentirme capaz para desarrollarlo como deseoso de contribuir con algo al conocimiento de la cultura de mi patria.

La Historia de la Medicina es la lucha del hombre contra la muerte y el dolor, lucha eterna, divina por su esencia y sublime por sus ideales sacrificios. Pocas historias habrá tan edificantes como la de la Medicina. Ella no sabe de guerras fratricidas ni de miserables explotaciones. Es una historia noble, profundamente humana, en la que el amor y la abnegación corren parejas con las más puras ambiciones. Recordarla constituye un deber de justicia, cuando no un ejemplo alentador para los jóvenes galenos que, tesoneros en el ensueño, trabajan por el mejoramiento de la humanidad doliente. Por otra parte, la Historia de la Medicina viene a ser fuente de importantes experiencias. Merced a ella podemos interpretar biológicamente los hechos pretéritos, y sacar de ellos útiles enseñanzas para lo por venir. Pues si la Medicina pretende hacer al hombre más sano, y, por ende, más feliz, bueno es que conozcamos la obra cumplida, el camino recorrido tras tantos esfuerzos para trazar así, con mano segura, los nuevos derroteros de la ciencia que ha de redimirnos del mal.

He aquí en apretada síntesis —pues el tiempo apremia— las diferentes etapas que ha seguido la Medicina en el devenir histórico del Paraguay.

(*) Reproducido de Anales de la Facultad de Ciencias Médicas. Vol. V, Junio 1945, N° 21.

De los primitivos habitantes del Paraguay, solamente nos detendremos en los guaraníes, pueblo muy numeroso cuyo idioma y costumbres extendieron por más de la mitad del continente sudamericano. Fueron ellos los únicos que se mezclaron con el europeo conquistador, forjando así la nueva raza que hoy define la República del Paraguay. Tenían los guaraníes una Medicina de carácter mágico-religioso. Consideraban la enfermedad como una venganza de los espíritus maléficos. Por ello, sus médicos eran los mismos hechiceros, hombres o mujeres que se decían estar en comunicación con las fuerzas ocultas determinantes del bien y del mal. Estos médicos hechiceros, llamados *payés*, no se formaban en ninguna escuela; nacían espontáneamente. Era *payé* todo aquel que demostrara poseer facultades extraordinarias, sobrenaturales, como la clarividencia o la curación milagrosa. Múltiples y muy variadas eran las funciones de esta suerte de taumaturgo: invocaba a sus dioses favoritos para vaticinar los altibajos del humano destino; oficiaba de sacerdote en ciertas ceremonias litúrgicas; participaba en las determinaciones políticas; y, en fin, era también el médico de la tribu.

La magia coloreaba sus procedimientos terapéuticos. De éstos, el más importante consistía en succionar la parte afectada. Como la causa de las dolencias internas —así lo creían ellos— radicaba en la introducción de cuerpos extraños por vía demoníaca, nada más natural que se intentara deshacer el embrujamiento extrayendo esos cuerpos del organismo enfermo. Chupaba el hechicero fuertemente; y esto lo repetía entre ascos y visages, representando una impresionante pantomina. Al fin, levantándose triunfante, y con habilidad de prestidigitador, escupía una piedrecilla, un insecto u otra cosa cualquiera que, previa y subrepticiamente, se había llevado a la boca. El pobre indio sufría una fuerte conmoción psíquica. Y, como de costumbre, o curaba o moría. Si ocurría lo primero, se colmaba de regalos y atenciones al inteligente curandero; y si moría... los parientes del difunto tenían la culpa por no haber ayunado lo suficiente. De cualquier manera, nuestro colega se apresuraba a cobrar sus buenos honorarios. Sin embargo, sucedía en ocasiones que la muerte del paciente atribuíase a las malas artes del médico, y éste, entonces, pagaba con su vida el fatal desenlace.

Prácticas rituales de los guaraníes eran también el soplo, la fumigación, las escarificaciones y la sangría. Esta última efectuábanla con el punzón de la raya. Sangraban las venas de la cabeza, del codo o de la pantorrilla según pretendieran curar cefaleas, fiebres, etc. Las heridas solían fumigarlas con humo de tabaco que el exorcista expelía con fuerza a través de un cañuto de bambú. Tales prácticas, especialmente aquellas en que se hacía correr sangre; reconocían un fondo místico, esotérico.

Mas no se crea por esto que la terapéutica indígena fuese puramente psíquica. El conocimiento de la naturaleza, en particular de la botánica, les llevó a experimentar las propiedades tónicas vermífugas, purgantes, diuréticas y eméticas de muchas plantas que hoy figuran en la farmacopea universal —jaborandí, quenopodio, jalapa, curare, copaiba, tolú, etc. Sin embargo, el uso de tales medicamentos no era monopolio de clase alguna. Parece que no había personas encargadas particularmente de su prescripción. Quien más, quien menos, echaba mano de ellos según su propio entender. Por eso, al recordar aquí a los médicos guaraníes, sólo podemos individualizar a los payés, a los primitivos hechiceros precursores de nuestros actuales curanderos y científicos psicoterapéutas.

Con los conquistadores llegaron al Paraguay los primeros galenos europeos. Esto acaeció a principios del siglo XVI. Las naves que, por aquel entonces, salían de España, iban provistas de todo lo que se creía necesario para velar por la salud de pasajeros y tripulantes. En las capitulaciones que los adelantados fijaban con el rey, solía haber una cláusula por la que aquéllos se obligaban a traer consigo médicos y cirujanos, boticarios y medicinas, con los que se atenderían gratuitamente a los enfermos que hubiese, ya durante la travesía oceánica, ya en las tierras por conquistar.

En un comienzo fueron los cirujanos. Y no de los titulados, con diplomas universitarios, sino simples barberos que lo mismo sabían sangrar que afeitar, sacar muelas o poner ventosas. Más tarde, ya en las postrimerías del siglo XVI, principió a ejercer tal cual médico-cirujano graduado. Pero éstos siempre fueron los menos. El Río de la Plata que, a despecho de su nombre, no tenía plata ni cosa parecida, ofrecíase poco atractivo a los doctores en Medicina y Cirugía. Por otra parte, la índole guerrera de la Conquista requería más del experto cirujano que de las por entonces embrolladas lucubraciones del internista. Lo que hoy denominamos disentería, viruela, paludismo y avitaminosis, que fueron probablemente las afecciones médicas más comunes de la época, se trataban, sobre todo, con purgantes, sangrías y ventosas. Y esta terapéutica era del dominio quirúrgico, como lo era, y aun es, el tratamiento de las tan frecuentes heridas, fracturas, luxaciones y abscesos. De modo que, al fin de cuentas, fueron los cirujanos, o, para ser más exactos, los barberos los que practicaron la Medicina en la conquista del Paraguay.

Estos humildes servidores de la salud pública participaron de todos los rigores de la épica empresa. Eran hombres de guerra que tras los combates se afanaban en arrebatarse vidas a la muerte. Como soldados sufrieron la sed y el hambre, fatigas y pestes, y no pocos cayeron con las armas en la mano luchando contra el infiel. Trabajaban como funcionarios del Estado. Nombrábalos el gobernador, y ganaban 50.000 maravedíes anuales (500.000 ganaba el obispo), pagaderos a expensas de las rentas de la Corona. Años después, con el

crecimiento de las poblaciones, la profesión se hizo más liberal. El cabildo contratava los servicios del cirujano dándole un sueldo, en productos de la tierra, que reunía por prorrateo entre vecinos y moradores. Empero, no era tanta su libertad como para mudar de residencia cuando gustase. Más de una vez, los corregidores asuncenos se negaron a permitir que el único cirujano barbero de la ciudad saliese a buscar mejor fortuna.

Su labor habitual consistía en entabillar huesos fracturados, reducir dislocaciones, incidir abscesos, cauterizar heridas y amputar miembros gangrenosos. Como médico, sus remedios predilectos eran la purga y la sangría, verdaderas panaceas universales. Para el mal gálico tenía los ungentos mercuriales o el guayacán. También recurría, en ocasiones, al polvo de unicornio, al milagroso bezoar o a los mil y un brebajes, en los que nunca faltaban el vino y el aceite, puestos en boga por la Medicina del Renacimiento. Y barbero al fin, no dejaba de hacer la barba a sus parroquianos.

Junto con estos artesanos, vinieron también a las Américas muchas enfermedades. El Paraguay sufrió en los siglos XVI, XVII y XVIII, devastadoras epidemias de viruela, sarampión y otras infecciones importadas que arramblaron con pueblos enteros. Repetidas veces se vio amenazada la población asuncena por tales azotes. Los indígenas, menos inmunizados que los europeos, perecían a millares. De nada valían el aislamiento, las fumigaciones y otras medidas que en estos apurados trances disponía el cabildo. No quedaba entonces otro recurso que impetrar la gracia divina, y eso se hacía con harta frecuencia.

Tras el empuje creador de la Conquista, cayó el Paraguay en un letargo secular. Los malos gobernantes, las sucesivas e ininterrumpidas migraciones colonizadoras y la fatalidad geográfica malograron el promisorio ascenso de sus primeros años. Esta decadencia política, que duró todo el siglo XVII y gran parte del XVIII, también afectó a la Medicina; sabido es que la Política, la Cultura y la Medicina se siguen muy de cerca en la evolución de la Humanidad. El siglo XVII —siglo de Descartes y Galileo, de Harvey y Sydenham no cuenta en la Gobernación del Guayrá sino con unos cuantos aficionados al arte de curar. Era tal la escasez de médicos universitarios que a menudo las autoridades, adaptándose a las circunstancias, concedían licencia a cirujanos improvisados para "ejercer de Medicina".

Conspiraba también contra esta Medicina oficial la popularidad de que gozaban ciertos curanderos indígenas. Manejaban éstos, y con cierto éxito, muchos productos vegetales, como la ipecacuana, copaiba y quina, cuya eficacia terapéutica llegó a comprobarse hasta en Europa, poniendo en tela de juicio las sutiles sistematizaciones de yatrofísicos y yatroquímicos. Además, la exaltación religiosa que reinó durante la Colonia hizo que se despreciara un tanto la Medicina. Preocupado el hombre con la salvación de su alma, sentía un profundo

desdén por la carne vil, indigna de ser tocada hasta por el agua. La filosofía higiénica de la época sostenía que el hombre no se hacía más fuerte ni más bueno lavándose y que, por lo contrario, bien podía ser el agua instrumento diabólico del pecado.

Ignoramos el año en que se creó el "hospital de españoles y naturales" de que nos habla uno de los primeros cronistas del Paraguay. Lo más probable es que haya sido en 1541, fecha en la que se constituyó Asunción en ciudad y en la que una real cédula mandaba a los virreyes, audiencia y gobernadores que fundasen hospitales en los pueblos de españoles e indios. Lo cierto es que ya existía en 1612. Se lo había puesto bajo la advocación de Santa Lucía por la frecuencia con que los conquistadores padecían del mal de ojos. Pero este primer hospital asunceno siguió la suerte adversa de la Colonia, pues a mediados del siglo XVIII carecía la ciudad de una casa donde alojar a sus enfermos pobres. Hacia 1760 fue construido un nuevo nosocomio gracias a la decisión de la Corte, que se opuso tenazmente a las pretensiones del cabildo y del obispo en el sentido de invertir las rentas del hospital en la creación de una universidad o convictorio dirigido por los jesuitas. Restos de este hospital, que en un tiempo se llamó Potrero, pueden verse todavía hoy en el predio que ocupa el actual Hospital Militar Central.

Los últimos años de la Colonia fueron, en cambio muy provechosos para la sanidad nacional. La prosperidad económica del país atrajo a varios médicos europeos. Otros vinieron con las partidas demarcadoras de los límites hispanolusitanos. Algunos eran cirujanos: no ya barberos, sino cirujanos con título universitario. Unos y otros introdujeron en el Paraguay las modernas ideas sobre la anatomía patológica y el diagnóstico clínico; individualizaron bien el tétanos infantil, los exantemas agudos, las calenturas intermitentes, la sífilis, la tuberculosis pulmonar, la conjuntivitis epidémica, las disenterías y el tabardillo; y fueron también los primeros en usar el forceps y en practicar intervenciones quirúrgicas atrevidas. Como no había boticarios en toda la provincia, los mismos médicos preparaban sus cocimientos, unturas y bálsamos. Un acontecimiento de señalada importancia por su proyección social fue la fundación del Protomedicato de Buenos Aires, en 1800. Esta institución, representada en el Paraguay por un Teniente de Protomédico, hizo un nuevo y sostenido esfuerzo para regular el ejercicio de la Medicina, fijó un arancel profesional, favoreció la propagación de la vacuna y echó las bases de una higiene colectiva. El trabajo médico quedó sujeto así a ciertos reglamentos tendientes a reforzar su utilidad pública.

Las Misiones del Paraguay tuvieron una Medicina de características muy particulares. Cada una de las 30 reducciones o doctrinas contaba con un hospital, de ordinario pegado a la iglesia, en el que se amontonaban los enfermos en tiempos de epidemia. Normalmente, la atención médica se llevaba a cabo en la propia casa del paciente.

Allá iba el coadjutor médico, o a falta de éste un enfermero llamado curuzuyá, con sus lancetas y pócimas. Los jesuitas preocupáronse con la salud de los indios. Al principio, los mismos misioneros alternaban la catequización con las más rudimentarias curaciones. Más tarde, trajeron de Europa muchos médicos, cirujanos y boticarios; conocemos hoy sobre 20 nombres, algunos de los cuales se hicieron famosos por sus estudios de terapéutica vegetal. Estos médicos observaron la riquísima flora del país, y con el criterio empírico de la época compusieron unos a modo de recetarios en los que apuntaron las múltiples propiedades terapéuticas de gran número de plantas indígenas. Entre éstas estaba el **aguarayvá**, del que se hacía el ponderado **Bálsamo de las Misiones**, maravilloso remedio que lo mismo curaba el pasmo, que la opilación o el **tabardillo**. De estos herbarios misioneros restan actualmente varios códices. Su paternidad seguirá siendo discutida hasta tanto no se haga un estudio comparativo entre ellos. Probablemente no son sino copias, modificadas por correcciones, cortes y aditamentos, de un manuscrito primitivo aparecido en los albores del siglo XVIII que pasa por ser del Hno. Montenegro. Distinto de estos herbarios es el "Libro de los Remedios", del Hno. Marcos Villodas, descubierto el año pasado en el Archivo Nacional de Asunción.

Con el siglo XIX arriban al Paraguay las avanzadas del racionalismo científico. Eminentes naturalistas cruzan la misteriosa tierra guaraní, describiendo su fauna y su flora. Tal cual médico extranjero trae las últimas adquisiciones de la ciencia hipocrática y realiza las primeras autopsias. En 1826, el Dr. Francia, el primer gobernante paraguayo que se interesa personalmente por la Medicina, ordena el aislamiento de los leprosos en el pueblo de Yuty. Con Francia se inicia la intervención estatal en el ejercicio de la Medicina, tendencia ésta que hubo de culminar con el gobierno de los López. En efecto, el Congreso de 1844 dispuso la contratación de profesores extranjeros y el envío a Europa de jóvenes paraguayos para estudiar Medicina, Cirugía y Obstetricia. Estos médicos contratados por el Estado, ingleses la mayor parte, constituyeron la sanidad militar, y en 1858 formaron una Escuela de Cirugía que hubo de prestar al país apreciables servicios por los muchos practicantes que de ella egresaron. Funcionaba esta escuela en el Hospital Potrero; allí se daban las clases, se practicaba la clínica y se hacía a hurtadillas una que otra disección anatómica. La guerra de 1864 dio al traste con ésta que fue nuestra primera escuela médica oficial; profesores y alumnos pasaron a integrar los cuadros sanitarios del ejército, donde cumplieron con su patriótica y humanitaria labor durante los cinco años de la encarnizada contienda.

A partir de 1870 la Medicina se vivifica con el aporte de numerosos médicos europeos que vienen al heroico Paraguay, más en busca de aventuras que de fortuna. La anestesia, que ya se había comenzado a usar durante la guerra de la Triple Alianza, se vulgariza. El Estado, carente de recursos, no puede realizar la obra social que

requieren las críticas circunstancias por que atraviesa el país; se limita a bosquejar la nueva organización sanitaria. El Consejo de Medicina e Higiene Pública, el Conservatorio de Vacuna, el Hospital de Caridad y otras varias instituciones afines son fundadas por este tiempo con más loables propósitos que medios económicos de subsistencia. Por fortuna, la iniciativa privada subsana en cierto grado esta precaria situación. Hasta 1870 la salud pública había sido atendida exclusivamente por el Estado; desde entonces, las mujeres paraguayas, agrupadas en sociedades de beneficencia, empiezan a desarrollar la meritoria función social que hasta hoy siguen cumpliendo.

El año de 1890 marca una nueva etapa. Ocurren este año dos hechos trascendentales, y son: la aparición de los primeros médicos paraguayos y la fundación de la Universidad Nacional de Asunción. Los primeros médicos paraguayos se graduaron en Buenos Aires y Montevideo. De retorno a la patria, gracias al apoyo prestado por varios profesores españoles, hicieron posible la apertura de una Facultad de Medicina. Esta primera Facultad tuvo una existencia muy efímera, pues se disolvió a mediados de 1891, por falta de alumnos; se reabrió en 1898 para dar, seis años después, la primera promoción de facultativos nacionales.

Paralelamente a los progresos de la estructuración universitaria, la Medicina paraguaya se pone a tono con los nuevos adelantos científicos: la Cirugía, secundada por la asepsia y antisepsia, cobra extraordinario impulso; se estudia el problema de la anquilostomosis; se toman eficaces medidas contra las epidemias de viruela, peste y cólera; aparecen las primeras publicaciones médicas. Por otra parte se dignifica la profesión; el médico ya no necesita de la industria o del comercio para poder vivir; su labor profesional es mejor remunerada, y se la regula y protege con adecuadas resoluciones gubernativas.

Y así entramos en el siglo XX, siglo en el que Medicina progresa rápidamente hasta lograr la posición actual. El Hospital de Caridad, inaugurado en 1894, se nacionaliza en 1925, y en 1927 pasa a ser dependencia de la Facultad de Ciencias Médicas. Esta, clausurada en 1912 y abierta por tercera vez en 1918, se reorganiza y perfecciona con la colaboración de ilustres profesores contratados en Europa. Puede fijarse en 1927 el punto de partida de la fase académica de nuestra Medicina. La contratación de maestros y la *clinización* del hospital inician en esta fecha el período fructífero que abarca hasta lo presente. Durante él surgen las primeras escuelas clínicas; se levantan nosocomios y se instalan gabinetes y laboratorios; la observación y la experimentación comienzan a cultivarse con esmerado entusiasmo, pese a la escasez de recursos materiales; mejoran notablemente los servicios hospitalarios y la enseñanza clínica; empréndese un activo intercambio cultural con el extranjero; y una pléyade de jóvenes médicos revoluciona el ambiente universitario con sus aspiraciones siempre insatisfechas. En 1935 se funda la Sociedad de Medicina y Cirugía del Paraguay. A todo esto hay que añadir un

fenómeno propio de los tiempos que corren, y es que la higiene colectiva se hace objeto de mayores atenciones, al par que la Medicina va considerándose con un criterio más social. Ya no interesa tanto la caridad como la justicia social. Por ello acrece la influencia estatal, que tiende a oficializar la Medicina para el mejor cumplimiento de sus fines. Muestras de este movimiento son la creación del Ministerio de Salud Pública, en 1936, y el Instituto de Previsión Social, en 1944.

La Medicina paraguaya se halla hoy en pleno desenvolvimiento científico y social. Existe una Facultad de Ciencias Médicas que funciona regularmente con 60 profesores y cerca de 300 alumnos, y de cuyas aulas han salido sobre 400 facultativos. El Hospital de Clínicas, modernizado constantemente, consta ya de varios pabellones y tiene más de 600 camas. En sus salas, servicios y flamantes institutos, médicos y estudiantes compiten en el noble afán de superarse diariamente. Allí se aprende y se enseña, se mitiga el dolor ajeno y se arrancan nuevos secretos a la patología humana. Otros importantes nosocomios de la Capital son: el Hospital Militar Central, el Hospital del Barrio Obrero y la Cruz Roja Paraguaya, obra exclusiva de un médico filántropo. Al Ministerio de Salud Pública y Previsión Social pertenecen la Asistencia Pública, el Servicio de Cirugía de Urgencia y Traumatología, el Instituto de Salud de Personas y Colectividades, el nuevo sanatorio para tuberculosos, el preventorio Santa Teresita, el Instituto Nacional de Parasitología, los hospitales regionales, y otras muchas oficinas y dispensarios. El Instituto de Previsión Social viene realizando desde el año pasado una obra de vastas proporciones en pro de la salud y la justicia del pueblo paraguayo. Entre los laboratorios, merece mención especial el Instituto de Anatomía Patológica, dependiente de la Facultad de Ciencias Médicas, centro de obligada consulta para todo trabajo de investigación, cuyos 10.000 exámenes registrados comportan un acervo de extraordinario valor para la Medicina nacional. Tres publicaciones periódicas: "Anales de la Facultad de Ciencias Médicas", "Revista Médica del Paraguay" y "Revista de la Sanidad Militar", recogen y propagan la casi totalidad de nuestra incipiente producción bibliográfica.

Tal es a grandes rasgos, lo pasado y lo presente de la Medicina en el Paraguay. Me daré por satisfecho si con estas pobres palabras di a entender su penosa trayectoria, su nueva orientación social y los ideales de quienes la conducen, contra viento y marea, hacia sus altos destinos.

CELEBRACION DEL CINCUENTENARIO DEL HOSPITAL DE CLINICAS

CELEBRATION OF THE 50th ANNIVERSARY OF THE CLINICS HOSPITAL

DISCURSO DE CLAUSURA DE LA CELEBRACION DEL
CINCUENTENARIO DEL HOSPITAL DE CLINICAS, EL 22 DE
JULIO DE 1944, EN EL LOCAL DEL CIRCULO PARAGUAYO
DE MEDICOS. RECORDACION DE ILUSTRES COLEGAS DE
LOS PRIMEROS AÑOS DE NUESTRA FACULTAD

Prof. Dr. Rufino Gorostiaga (†) ()*

Designado por la Facultad de Ciencias Médicas, y por la Comisión de festejos del Cincuentenario del Hospital de Clínicas que mucho me han honrado al hacerlo, voy a tener el honor y el placer de dirigiros la palabra en esta cena de camaradería, que por lo que veo, ha constituido como un broche de oro de los festejos programados con motivo del Cincuentenario del Hospital.

No pudo haberse elegido un sitio más apropiado para ello, ya que lo hacemos en nuestra Casa, en la casa de todos los Médicos, sin distinción de categorías, en este hogar de la familia médica del Paraguay, que hoy gracias a la tesonera labor de un grupo entusiasta de colegas, ha convertido en una magnífica realidad ese ideal desde mucho tiempo acariciado de unir en un organismo compacto y responsable a todos los médicos de nuestro país.

Están sentados alrededor de esta mesa, un grupo selecto de médicos venidos desde distintas partes del país, para asociarse también a la conmemoración de la fecha que festejamos. Vienen a acompañarnos en estos días jubilosos que van pasando.

Han interrumpido también momentáneamente, sus ocupaciones habituales para participar de la alegría que nos embarga al festejar y recordar las sucesivas etapas de la evolución de esa casa, que es un poco de todos los que hemos pasado por ella, en nuestra vida de estudiantes, en los inolvidables días de nuestro internado.

Nos han traído con su presencia a estos festejos la cálida adhesión de los camaradas de toda la República, en donde ejercen su

(*) Prof. Titular de Clínica Urológica. Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

humanitaria labor, misión, con una abnegación sin igual, alejados de las comunidades, y los halagos que brinda la ciudad, lejos de sus compañeros de ayer, a veces casi aislados, librados a sus propias fuerzas, en contacto solamente con las miserias, y males de nuestros pobres y sufridos campesinos, que reciben de ellos a manos llenas el remedio para sus males, y la palabra cariñosa de consuelo que necesitan.

AVIDOS DE SABER, de perfeccionar sus conocimientos en un ambiente de mayor actividad cultural, han seguido con interés y seguramente con provecho el "Cursillo" tan acertadamente organizado para ellos en ocasión de las fiestas del Cincuentenario del Hospital como una contribución de nuestra parte, para satisfacer ese deseo de saber que han demostrado al concurrir asiduamente a dicho curso y como una retribución a la que estamos obligados, por habernos acompañado en estos momentos, todo por estar al lado de sus antiguos Profesores y camaradas para conmemorar una fecha por igual grata a todos los que hemos paseado nuestras inquietudes, nuestras preocupaciones y nuestras alegrías de estudiantes por las salas, pasillos y galerías de nuestro viejo pero querido Hospital.

Estos colegas mañana volverán a sus respectivos puestos, para continuar sus actividades acostumbradas; pero yo quisiera que al regresar junto con los recuerdos, de estas jornadas inolvidables, lleven también como un estímulo a la labor sacrificada y abnegada que realizan, el testimonio del afecto, simpatía, y el apoyo que les ofrecemos de corazón los que aquí quedamos para trabajar también como ellos por el mismo ideal: la salud y el bienestar de nuestro pueblo.

Este acontecimiento responde a una parte del programa de los festejos del Cincuentenario de nuestro Hospital de Clínicas, que hoy remozado y modernizado, nos invita a hacer un alto en nuestro camino, para recordar su pasado, y tomar un nuevo aliento para continuar trabajando por su mejoramiento y adaptación definitiva a las exigencias y al adelanto actual de las Ciencias Médicas.

En este acto que hacemos, no puedo por mi parte, dejar de evocar los recuerdos que guardo de esa querida Casa, y de los primeros pasos que marcamos los que iniciamos esa segunda era de nuestra Facultad.

En el año 1918 comenzó esta segunda etapa, y un grupo de jóvenes ingresamos a ella dispuestos a hacer los mayores sacrificios, para levantarla y sostenerla; no ingresamos con la idea de seguir nuestra carrera solamente con las preocupaciones propias del estudiante como ocurre cuando se pertenece a grandes Facultades, en la que él es apenas un número entre tantos, y en las que la acción estudiantil, en el sostenimiento y evolución de la misma es limitada e indirecta.

Sabíamos cual había sido la causa de la clausura, en la primera era de nuestra Facultad (la falta de suficiente número de alumnos). Reflexionamos sobre la enorme responsabilidad que asumíamos ante el Estado y ante el país al haber promovido el movimiento de opinión necesario para su reapertura.

De ahí que al ingresar a ella estábamos decididos, y obligados no solamente a cumplir nuestros deberes de estudiantes, sino también a ayudarla a sostenerse, y consolidarse, era (repitiendo una expresión muy en boga en estos tiempos) como una cabeza de puente que habíamos tendido, y que teníamos que defenderla a toda costa para que pudiese iniciar su evolución de una manera firme y segura.

No fuimos como el hijo débil que se hecha en brazos de una madre fuerte y robusta para que lo alimente, lo proteja y lo sostenga. No sabíamos que esa madre buena y cariñosa, era débil y enfermiza, que quedó huérfana del apoyo de sus hijos, y que debido a ello había sufrido una grave crisis.

Entramos a ella con el firme propósito, de formarnos con ella, de crecer con ella, para sostenerla y afirmarla. Los primeros pasos fueron lentos e indecisos y el horizonte se mostraba oscuro.

Se tuvo que hacer todo sobre la marcha, y como se podía, se trabajaba con escasos y malos elementos, pero jamás se oyó una queja. Así llegamos al final del primer año.

En este período una nueva pléyade de estudiantes, llegaron en nuestra ayuda y seguimos bregando juntos, y después otros y otros hasta formar lo que hoy es ese poderoso ejército que ostenta con orgullo el fruto de sus ocupaciones, y de sus esfuerzos.

En nuestro actual Hospital de Clínicas, entonces Hospital Nacional trabajaban abnegados médicos cuya misión era organizar y atender las funciones exclusivas de asistencia social a los enfermos.

Con la reapertura de la Facultad, ellos a su vez tomaron sobre sí la enorme tarea y la responsabilidad de transformar ese Servicio en una Escuela en donde los primeros alumnos deberían adquirir las enseñanzas prácticas, objetivas, echando las bases del futuro Hospital de Clínicas.

Las exigencias ya fueron mayores, la transformación tenía que ser costosa, pero esos primeros maestros de nuestra Facultad a falta de los medios necesarios, estrecharon filas, y a fuerza de abnegación y entusiasmo, y eficazmente ayudados por sus alumnos iniciaron esa gran obra que culminó después con la clinización de esa Institución.

La Clinización como acabamos de ver, no puede interpretarse como un acto aislado, consecuencia de un simple decreto del Poder Ejecutivo. No; ese pensamiento si bien pasó mucho tiempo antes de ser legalizado, hacía rato que existía en la mente de todos los que pertenecíamos a la Facultad.

La Clinización no fue sino la culminación de un esfuerzo largo y sostenido, conseguido a fuerza de paciencia, y perseverancia; es una conquista de profunda raigambre, y de sólida estructura porque fue concebida y realizada por la suma de voluntades, esfuerzos y entusiasmos de todos los que pasaron por las aulas de nuestra Facultad, desde los primeros inciertos días de su reapertura.

No puedo pasar por alto sin recordar por sus nombres, a nuestros primeros maestros, que con espíritu de sacrificio sin igual nos enseñaron y nos guiaron en medio de todas las dificultades imaginables en una Institución que se desenvolvía en medio de la pobreza, con escasos recursos materiales, si, pero con inmensas fuerzas espirituales los que en ella trabajaban.

No puedo resistir a la tentación de recordar por sus nombres a los primeros: Dres. **Manuel Peña** y **Alberto Schenoni** que con Histología y Anatomía, respectivamente, rompieron la marcha.

Después vinieron **Italo DeFinis**, **Justo P. Vera**, **Ricardo Odriosola**, **Eduardo López Moreira**, **Víctor Idoyaga**, **Luis Zanotti Cavazzoni**, **Esteban Semidei**, **Gerardo Laguardia**, **Teodoro Decoud**, **Alejandro Dávalos** y otros que se unieron posteriormente a los primeros para sostener y estabilizar nuestra Facultad.

Tampoco puedo dejar de nombrar a los tres primeros Profesores extranjeros contratados: los Dres. Lefas, Andre y Capelle: 1920 el Profesor francés Manuel Lefas para la enseñanza de Anatomía Patológica; 1922 el Profesor francés Charles Andre para la enseñanza de Clínica Médica; el Profesor alemán Walter Capelle de Clínica Quirúrgica. Estos pasaron también por este Hospital, y lucharon en medio de grandes dificultades por adaptar sus excelentes condiciones de maestros adquiridas en Francia y Alemania, a ese ambiente pobre y desorganizado que fue la característica del Hospital, en el comienzo de nuestra carrera.

Más adelante otros compatriotas que habían salido al exterior para seguir sus estudios médicos, regresaron a la patria y se unieron al grupo surgido de la Facultad para bregar juntos por el engrandecimiento de nuestra casa de estudios.

El aumento constante de graduados tanto en la Facultad como en el extranjero, y que habían regresado al país para ejercer la profesión y traer el valioso aporte de los conocimientos adquiridos en otros medios, crearon nuevos problemas de orden profesional que para su solución necesitaban la formación de un organismo que agrupasen a todos los médicos dentro de una institución regida por normas comunes y con idénticos fines.

Y es así como hoy es una bella realidad ese pensamiento con la fundación de nuestro Círculo Médico, que ya va traspasando el período de su desarrollo, progreso y estabilidad necesarios para su afianzamiento definitivo.

Muchos de los soldados de nuestra causa, no están aquí presentes porque han fallecido, unos en el curso de actividades pacíficas del estudio y del trabajo, y otros desaparecidos en la vorágine de la guerra cumpliendo con su sagrada misión, con el estoicismo y abnegación característicos de nuestros soldados.

"Está ausente también en esta reunión un querido y respetable maestro que se encuentra postrado en el lecho del dolor, abrumado por los años y por una cruel enfermedad. Me refiero al Dr. Eduardo López Moreira, prototipo del maestro amigo, que resume en su persona toda una etapa de nuestra Facultad. Pido a los presentes se pongan de pie como un testimonio de recordación y de respeto".

Hay un hecho significativo y reconfortante que resalto en este acto, y es que en ocasión de los festejos del Cincuentenario del Hospital, se hallan ocupando los más altos cargos directivos de nuestra Institución de enseñanza, tres productos genuinos nacidos y formados en su seno: El Ministro de Educación y Justicia: Dr. Darío Quiroz; el Decano de la Facultad de Medicina: Dr. Quirno Cotas Thompson; y el Director del Hospital de Clínicas: el Dr. Alejandro Chirife; quienes como una recompensa por los beneficios adquiridos en su carrera, han querido transformar a nuestro viejo hospital, en uno moderno remozado, y eficiente para llenar su cometido, mostrando a la faz de la República, lo que pueden hacer la gratitud y la voluntad, y la tenacidad cuando están al servicio de los bien entendidos intereses de la Patria.

"Yo os pido Señores, queridos Camaradas, que así como en este momento nos encontramos reunidos, para festejar un acontecimiento tan grato para todos, en la nueva etapa a emprender sea este sentimiento de unión que hoy nos agrupa, el que nos empuje, nos sostenga y nos ayude a alcanzar la realización de nuestros sueños de grandeza para nuestra Facultad, y por ende para nuestra Patria".

SER MAESTRO EN MEDICINA

TO BE A TEACHER IN MEDICAL SCHOOL

Dr. Atilio Báez Giangreco

Ser Maestro en Medicina, es encontrar en el magisterio el santuario de su vocación, enseñando con fruición lo que otrora aprendiera con avidez y tesón, abriendo en la simiente joven y fértil brechas fructíferas con la semilla pródiga y generosa de sus conocimientos.

Es ser modesto en su sabiduría, sereno en sus apreciaciones, sin jactancias en sus observaciones, pero elocuente, firme y sin reticencia en sus decisiones. Nunca el brillo del orgullo empañará la luz de sus conocimientos.

Ser Maestro en Medicina es tener la responsabilidad de saberse guía firme y seguro, de cálida mano que desbroza el vendaje obscuro de la incertidumbre del alumno, que todo lo bueno espera de él. Para ello debe prodigarse por entero, con deleite, sin zozobras y con pasión de apóstol, a desentrañar lo oculto, a realizar lo irrealizable, a ver lo invisible, a descifrar lo indescifrable y a resolver las incógnitas con la majestuosa serenidad del ...maestro.

Ser Maestro en Medicina, es poseer una personalidad dotada de una sensibilidad superior a la común, y una conciencia recta y limpia de egoísmo, de la que fluya solamente la justicia, que lo aleje de pasiones mezquinas.

Su investidura no claudicará un solo instante ante el vasallaje ni se abatirá a la prepotencia; será sí roca granítica, donde los impulsos incontrolados de la incomprensión han de estrellarse, no para mellarlo sino para modelarlo hacia el virtuosismo; y así cada golpe ó estocada, lanzará brillante chispa de ejemplar virtud, que encenderá a la distancia, tarde ó temprano, inagotables reverberos de profundo respeto y admiración.

Ser Maestro en Medicina, es afanarse en conquistar lo que él merece: esa amalgama de simpatía, admiración y respeto que el alumno siente hacia él y que se ofrenda al escuchar con unción las diarias exposiciones de sus lecciones.

Para ello debe tener un diálogo ameno sincero y persuasivo, y una oratoria fácil y sencilla que deleite a su auditorio; su palabra será exacta, la réplica justa, el gesto oportuno y la tolerancia necesaria,

para hacer frente a las inquietudes del alumnado en su ansiedad por saber un poco más.

Sus pensamientos y sentencias, serán como un libro abierto a todas las interrogantes y preñado de universal sapiencia, concretando en una frase u oración, todo el capítulo de un libro.

Ser Maestro en Medicina es amar, por sobre todas las cosas la verdad; ella será su estandarte eterno, enarbolado en los estrados de su magisterio, donde flameará enhiesto, sin arriarse jamás, ajeno y sordo a los vaivenes oportunistas; constante como la hora que marca el tiempo y diáfano como el amanecer de un nuevo día.

Ser Maestro en Medicina, es poder enseñar con la sonrisa permanente, que reflejen la bondad del alma. Es poder orientar con el ejemplo de la perfección de sus actos diarios hacia el camino de las realidades, que lleven a los educandos hacia la conquista del triunfo.

Ser Maestro en Medicina, es tener un corazón colmado al mismo tiempo de angustias y alegrías, de cansancio y tranquilidad; de deseos y satisfacciones, dispuesto a desparramar lo bueno, lo útil y lo humano en bien del prójimo. Es tener por cada minuto de descanso, una hora de desvelo; y por cada día un año de ansiedad por conquistar el progreso y el bienestar de los demás.

Ser Maestro en Medicina es propender no sólo a la grandeza de la Patria, cimentando un semillero de profesionales útiles a los semejantes, enseñando más en el terreno práctico, que en el teórico, sino también es procurar y lograr al fin, cruzar las fronteras de la Patria, e ir allende los mares, llevando sus experiencias en Centros científicos ó trayendo nuevos conocimientos y estar así al corriente de las novedades científicas, que serán la savia renovadora a inculcar a sus discípulos, en una hora de clase, después de una larga jornada de desvelos e inquietudes. Es luchar en silencio por una causa humana.

Ser Maestro en Medicina es poder encarar no solamente los problemas científicos, sino también los éticos y morales. Estos últimos deben ser irreprochables en todos los terrenos.

Para ello alcanzará un elevado nivel cultural que lo habiliten a escalar las más altas cimas del saber humano, con la sapiencia serena y permanente que le dan sus estudios tesoneros.

Ser Maestro en Medicina es tener en alto privilegio de curar las enfermedades en su sacrosanto magisterio echando mano a todos los recursos de la ciencia moderna.

Es tener latente la angustia del enfermo que sufre y ver con Piedad el Secreto de su dolor, dando la esperanza o el consuelo, con una medicina adecuada, con un simple gesto, o una palabra bondadosa.

Ser Maestro en Medicina, es no sólo haber podido formar una escuela y haber escrito un libro, en el que sintetice el alcance, el valor

de su ideario, de su trabajo, de su capacidad en la enseñanza, sino también...

Ser Maestro en Medicina, es haber podido sembrar, con el ejemplo de su vida estudiosa, sus virtudes desparramadas como sabia inagotable del saber, con sencillez, humildad cristiana y vocación.

Maestros que dejaron en los umbrales de sus Cátedras, el halago de sus triunfos, y la sinceridad de sus fracasos; que dejaron la semilla pródiga del bien, germinar en los campos abonados por sus fortalezas espirituales; que dejaron como símbolos augustos de sus desvelos, de sus triunfos, de sus glorias, de sus grandezas un nombre preclaro a la Medicina paraguaya; que orientaron y puntualizaron los ideales universitarios en las Cátedras y en los Servicios hospitalarios o Instituciones afines, donde enseñaron y lucharon y se sacrificaron por mantener encendida la llama ardiente de la vocación médica "el amor a la que sufre".

Maestros de las verdades, Maestros de las virtudes... os venero en mi recordación como apóstoles de la Medicina, y por ende como verdaderos Maestros.

Así acuden a mi memoria los nombres de los Profesores: Drs. Benigno J. Escobar, Antonio Bestard, Carlos Gatti, Alberto Shenoni, Eduardo Sapena Pastor, Carlos Esculies, Juan Max Boettner, Pedro Juan Caballero, Venancio Pino, Luis Migone, Andrés Gubetich, Juan B. Benza, Gerardo Laguardia, Andrés Barbero, Alvarín Romero, Carlos Silva, Carlos Santiviago, Carlos Díaz León, Justo P. Vera, Eduardo López Moreira, Rogelio Alvarez Briguez, Víctor Idoyaga, Esteban Semidei, Luis Zanotti Cavazzoni, Alejandro Dávalos, Juan Romero, Teodoro Decoud, Rogelio Urizar, que fueron Maestros en Medicina y ya descansan en la eternidad y que si bien no todos legaron un libro propio, dejaron en cambio, sus años de sacrificios hecho realidades con la sencillez y la modestia con que siempre enseñaron, ajeno a todo egoísmo y con un altruismo inigualable.

Tal mi reverencia en esta página de recuerdos, y mi homenaje de gratitud a mis Maestros de Medicina, que son acreedores de mucho más, y recordar con halago los nombres de: Gustavo González; Pedro De Felice; Manuel Riveros; Manuel Giagni; Cayetano Masi; Juan Boggino; Mario Luis De Finis; Ramón Doria; Raúl Peña; Ramón Jiménez Gaona; Quirno Cotas Thompson; Jacinto Riera; Ricardo Ugarri-za; Jorge Cotas Thompson; Nicolás Gamarra; Julio Manuel Morales; Ernesto Grhun; Ricardo Odriosola; Rufino Gorostiaga; José V. Insfrán.

Que fueron mis Maestros en Medicina y que hoy son puntales de la Medicina paraguaya.

Asunción, 30 de abril de 1961

FACULTAD DE MEDICINA Y LA EXTENSION UNIVERSITARIA

THE SCHOOL OF MEDICAL SCIENCES AND UNIVERSITY EXTENSION PROGRAMS

Prof. Dr. Carlos María Ramírez Boettner ()*

Es para mi un placer y una satisfacción poder estar ante Uds. con el fin de dirigirles la palabra e inaugurar un nuevo ciclo de difusión cultural propiciado por la Facultad de Ciencias Médicas.

Les hablo en mi carácter de Decano interino de esta alta casa de estudios y con expresa autorización del Consejo Directivo.

Nos ha parecido sumamente importante difundir, por un medio tan moderno como es la televisión, conocimientos útiles para preservar y restablecer la salud. Con el público que nos escucha tenemos un interés común que evidentemente liga a todo médico con el pueblo donde ejerce su noble profesión.

Se trata del bienestar físico, mental y social de la población conocido con el nombre de salud. Con más razón la Facultad de Ciencias Médicas está ligada al bienestar general ya que es el centro de formación profesional, donde numerosos colegas, muy meritorios por cierto, estudian los problemas de las enfermedades, su tratamiento y su forma de prevenirlas; tienen particular interés en difundir todos aquellos conocimientos que puedan contribuir al bienestar general.

En este sentido agradecemos la amable invitación de Canal 9 TV Cerro Corá para hacernos cargo de estas audiciones. Tenemos la satisfacción de puntualizar la importancia de que una empresa comercial tenga tanta sensibilidad social, como para dar cabida a programas de trascendencia educativa como el que nos ocupa.

Nuestro país tiene dos grandes fortunas que el destino le ha deparado su tierra fértil de una riqueza potencial extraordinaria, y su población homogénea, heroica, con profundas raíces telúricas y de una capacidad de trabajo y disciplinas extraordinarios.

Debe ser misión de todo paraguayo de bien favorecer estas potencialidades para alcanzar un desarrollo económico social que todos ambicionamos.

(*) Prof. Titular Clínica Médica. Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

Los médicos tienen por función específica mejorar un aspecto importantísimo del bienestar de la población: son en última instancia los instrumentos directos de la preservación y restitución de la salud. Un pueblo enfermo no puede trabajar, por ende su capacidad productiva y adquisitiva se ven muy restringidos; es un pueblo pobre y desencantado. En este ambiente no pueden prosperar sino los disturbios sociales.

Comprendemos bien que la salud está ligada a otros factores que los médicos no podrán resolver, sobre todo de carácter cultural, económico y de organización social.

Una sólida estructura familiar, una población instruida, y con capacidad de estudiar y resolver en la mejor forma sus propios problemas y sobre todo una población que haya encontrado el justo balance entre el capital y el trabajo, no habiendo explotadores ni explotados son la bases de la armonía social. En el convulsionado mundo en que vivimos esta situación ideal se da muy pocas veces: Suiza, Suecia, y otros países de cultura milenaria han alcanzado probablemente el mejor equilibrio social de nuestros tiempos.

El Paraguay, país pequeño cuyos problemas son teóricamente de fácil solución debe tender a ese mejoramiento con el pensamiento fijo en una meta que no puede estar tan lejana.

La paz y el diálogo son fundamentales para alcanzar estos nobilísimos objetivos. Por sobre todas las cosas para que se siga en el recto camino del progreso, debemos tener fe, confianza en nosotros mismos y un acendrado amor a la patria que nos vio nacer, y nos alberga, debemos tener una voluntad decidida de contribuir al bienestar general en forma justa, organizada, y muchas veces altruista.

Altruismo y amor a la patria son cualidades positivas que caracterizan al cuerpo docente de la Facultad de Ciencias Médicas. Nuestro historial lo demuestra cabalmente. Deseamos contribuir de acuerdo a nuestras posibilidades a mejorar la salud de la población, a estar en contacto con las gentes, que sepan que hay un importante grupo de profesionales que constantemente estudian los problemas médicos de nuestro país.

El Médico es un sociólogo por excelencia, estudia al hombre individual y gregariamente, trata de ayudar al enfermo no sólo de los males físicos y fisiológicos que lo aquejan, sino también penetra en su psiquis, busca la forma en que el equilibrio de todas estas funciones haga feliz a la persona cuyo cuidado tiene a su cargo.

Pero bien sabemos que muchas veces el bienestar del individuo en la sociedad está condicionado por factores que escapan al individuo. Es allí donde el médico se pone en contacto con la realidad, y como estudioso que es, plantea las soluciones.

En un mundo cuya población crece con rapidez vertiginosa, donde el hambre hace mella en grandes sectores, los médicos se ven muchas veces impotentes para resolver los problemas que se le presentan, eso no quiere decir que no los comprendan, y mucho menos que no sigan luchando para solucionarlos.

En el Paraguay con la escasa población que tenemos, con la tierra ubérrima, capaz de producir alimentos para 50 ó más millones de habitantes, los problemas son de mucho más fácil solución.

Una buena estructura familiar que impida la existencia de niños "hijos de nadie", que vagan sin rumbo fijo en el turbulento mar que los rodea, una buena educación que permita a la población comprender la necesidad del trabajo honesto, de la producción de alimentos, de la forma de consumirlos, y por fin, una población capaz de encontrar el camino de la armonía social, facilitarán en gran medida nuestro desarrollo, contribuyendo con la difusión de conocimientos médicos útiles a toda la población.

La Facultad de Ciencias Médicas, hace extensión Universitaria, y pone su grano de arena para el desarrollo económico social de nuestro país, y el bienestar de su pueblo.

Nos ha parecido que el sistema de Mesa Redonda, donde un calificado grupo de profesionales, aborda un tema específico, es el mejor procedimiento para llegar al público, hace más amena la exposición y tienen la oportunidad de escuchar más de una opinión. Se ha dispuesto encargar la coordinación de cada una de estas charlas a un especialista de renombre de nuestro medio. Este Profesor de la Facultad selecciona a los colaboradores de la Mesa Redonda, que no siempre serán miembros del cuerpo docente.

Serán todos médicos cuyo trabajo los ha autorizado suficientemente a exponer con solvencia científica las contestaciones a las preguntas que les formule el coordinador. Esperamos y deseamos que este programa que hoy se inicia sea un éxito y cumpla con el noble objetivo que tiene.

MENSAJE DIRIGIDO A LOS NUEVOS GALENOS EGRESADOS EL AÑO 1971

MESSAGE TO THE 1971 GRADUATING MEDICAL DOCTORS

Prof. Dr. Juan S. Netto ()*

Hace algunos años, con motivo de la iniciación de cursos, y tal vez a este mismo grupo, tuve la suerte y el privilegio de dar la bienvenida a estudiantes que se incorporaban a nuestra casa de estudios, a esta nuestra vieja y querida Facultad, les decía:

Estoy acá en este punto, en este acto, porque confío en la juventud de mi patria, porque sé, como jóvenes que sois lleváis vuestras alforjas plena de ilusiones y el espíritu amplio y generoso y en constante y noble rebeldía, que constituye el sentimiento dominante de la juventud. Hoy con algunos años más de vida, y conociéndolos mejor, por haber convivido más intimamente con vosotros, mis convicciones se han fortalecido. Creo y confío en los jóvenes de mi patria, creo en ustedes y en que podrán edificar una sociedad con un futuro mejor, con un futuro sin sombras, sin temores y sin angustias, un futuro de respeto y sin arbitrarias discriminaciones, un futuro con iguales posibilidades para todos los que habitamos en este nuestro querido país. "Cómo jóvenes que sois y al dirigirme a vosotros quisiera referirme a todos los jóvenes de mi patria; debeis conservar vuestra generosidad y debeis mantener vuestra independencia. Debeis, en todo momento, tener el coraje, el valor de luchar por vuestros ideales. Nunca olvidéis que el valor constituye una de las virtudes más dignas de ser admiradas, el valor de defender una causa, una idea, sea en un campo de batalla ó en un campo de deportes, el valor de defender una idea con la expresión ó con el ejemplo, el valor de mantenerse firmes a principios".

El Ejercicio de la Medicina

El ejercicio de la Medicina es una escuela de amor al prójimo, de acatamiento de las leyes naturales, y a veces de resignación ante el

(*) Prof. Titular de Clínica Quirúrgica. Facultad de Ciencias Médicas. U.N.A.

destino, de auxilio al dolorido, de sacrificios sin gratitud, y sin premio, de silencio y de obscuridad en los triunfos de frecuente incompreensión, y que no permite desmayos ni fatigas.

Lo que da a la profesión médica su altura moral inigualable es que ella va al encuentro del dolor, y creo no existe ninguna otra profesión que busque y se ejerza entre la angustia y la incertidumbre; todas buscan la paz y la tranquilidad.

El tributo que el Médico paga al dolor del prójimo, sólo puede ser comparado al que ofrece el Sacerdote, pero éste rara vez recoge, como premio de sus afanes, la indiferencia, la censura ó la ingratitud.

El que recurre al Sacerdote tiene el sostén de la fe, y esto facilita su tarea. El que recurre al Médico, va con temor de su enfermedad, con la inseguridad de su evolución y con la angustia del sufrimiento.

La profesión de ser Médico exige trabajo y amor. Del trabajo y del amor surgen las demás virtudes. El que cree en el trabajo, aprecia cada esfuerzo humano; el que cree en el amor, aprecia a todos los hombres, de cualquier color, de cualquier credo, de cualquier raza; no admite el crimen, la violencia, la injusticia, ni la falta de respeto por las vidas ajenas.

El sentido de la graduación

El asumir un nuevo estado, el de graduado universitario, no significa solamente adquirir una profesión, significa asumir una mayor responsabilidad dentro de la Universidad y ante la sociedad.

Son ustedes, y está en vuestras manos y es vuestra obligación, que no la podéis eludir, el reestructurar la Universidad y conducirla como para que ella pueda cumplir con su misión.

Objetivos de la Universidad

La finalidad de un sistema educativo y particularmente el de la Universidad, no puede ser solamente la de proveer de técnicos a la sociedad ó la de enseñar a los jóvenes a ganarse la vida, ella debe ser una escuela de democracia, de civismo, de formación de ciudadanos libres, con conceptos y educación más integral, debe ser una escuela de ciudadanos responsables.

Las aulas universitarias deben ser accesibles a todo aquel que tenga aptitud moral e intelectual y con vocación para estudiar una carrera. Para satisfacer estas condiciones, es necesario crear ó establecer un sistema de investigación previa, que permita seleccionar a los que llenan dichas exigencias y pueda así elegir a los más aptos y con vocación.

En nuestra Universidad, y en este caso me refiero específicamente a la Facultad de Medicina, el sistema de prueba única en la selección de estudiantes para el ingreso, adolece de marcada injusticia. Una sola prueba eliminatoria de suficiencia, crea resentidos, frustrados ó jóvenes que se ven obligados a emigrar del país.

Que se comprenda que al hablar de injusticia del sistema, no me refiero a falta de seriedad.

Los medios para lograrlos

Para que la universidad pueda lograr sus objetivos en primer lugar, debe contar con un cuerpo de profesores de alta jerarquía moral y científica, animados de auténtica vocación y que puedan consagrar todo ó parte de su tiempo, a las tareas docentes ó de investigación.

Para poder cumplir su rol, la Universidad debe gozar de autonomía política y económica. Solamente así podrá desarrollar su labor con plena responsabilidad y sin ingerencias extrañas.

Es condición esencial que la Universidad se inspire en una sana orientación democrática, despojada de todo sectarismo, sea este confesional, ideológico, o político.

La libertad del hombre, la libertad del espíritu, deben encontrar en la Universidad el plano adecuado para su desarrollo.

La fe en el imperio de la ley y la justicia debe retomar, la conciencia de los pueblos, de dirigentes, y de dirigidos. El pensamiento debe elevarse por encima de la materia, basados en principios morales y en la firmeza de creencias, y sistemas espirituales.

El papel de la juventud

Tenemos fe en nuestro pueblo y en nuestra juventud, y estamos seguros que en vuestras manos, la Universidad volverá al sitio donde debe estar ubicada y convertirse así en el centro del pensamiento civil de la Nación.

Mis esperanzas descansan en los jóvenes, hacia ellos, hacia vosotros dirijo mis preocupaciones, mis afectos, y mi optimismo.

El altruismo natural y la pureza espiritual que poseéis debéis conservarla, ella os ayudará a sobrepasar las horas difíciles de la vida y a poder entreabrir las puertas tras la cual os espera una vida útil, para vosotros, para nuestra sociedad y para nuestro pueblo y hasta quizás, la felicidad.